403.7

LA VERDAD POR LA MENTIRA.

COMEDIA DE COSTUMBRES EN UN ATCO Y EN VERSO

por

D. EDUARDO ASQUERINO.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Noviembre de 1843.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA SINFOROSA.	*Sra. Llorente.*
DOÑA ISABEL.	*Sra. Lamadrid.* (*D.ª T.*)
DOLORES.	*Sra. Valero.*
SILVESTRE.	*Sr. Fernandez.*
DON BLAS.	*Sr. Fabiani.*
DON GIL.	*Sr. Argente.*

La escena pasa en Madrid, año de 1842.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Dedicada á mi amigo

DON ANTONIO PEREZ DE LARRIVA

EN PRUEBA

DE FINO APRECIO Y SINCERA AMISTAD.

EL AUTOR.

Acto único.

Decoracion de sala decentemente amueblada. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON BLAS *y* DOÑA SINFOROSA, *entrando.*

Blas. Vamos á hablar francamente,
que el tiempo se va corriendo.
Sinforosa. Harto me lo estan diciendo
las arrugas de mi frente.
Blas. Y á mí tambien, vive Dios;
contra su poder no hay nada,
y pues es razon sentada
sentémonos ya los dos.
Sinforosa. Decidme, ¿de qué se trata?
Vamos á ver, ¿qué quereis?
Blas. El que tal me pregunteis
es respuesta que me mata.
Mas ya que he de ser sincero,
de lo que trato os diré,
y acabando pasaré
á deciros lo que quiero.
Que aunque con iguales pintas
os presento estas cuestiones,
la razon de sus razones
son dos cosas muy distintas.
Si no os dejó la memoria
bien sabeis lo que tratamos
con vuestra sobrina...
Sinforosa. Estamos.

Blas. Ya mi hijo llegó de Coria.
Es preciso que mañana
ú hoy mismo si usted se inclina
se presente á su sobrina.

Sinforosa. Lo apruebo, y de buena gana.
Hoy un baile preparé
para celebrar sus dias,
y las intenciones mias
ha poco la declaré.
Al principio se turbó;
y es claro, la poca edad...
vamos, en mi mocedad
igual me turbaba yo.
Despues la razon le dí
que á este enlace me impelia;
á esto ya se sonreía.

Blas. ¿Y al fin...?

Sinforosa. Me dijo que sí.
Solo demostró disgusto
por no conocer al hombre,
pero esta es cuestion de nombre;
todos son bien malos...

Blas. Justo.
¿Con que es decir que podremos
despues de la boda suya...?

Sinforosa. No cante usted aleluya.

Blas. Señorita, ¿esas tenemos?

Sinforosa. ¿Ahora hay dudas? que me place;
no he sido ingrata jamas.
¿Se ha enfadado usted, don Blas?

Blas. ¿Asi mi amor satisface?

Sinforosa. Fué una tonta ligereza,
que pronto en estrechos lazos...

Blas. Pues júremelo en mis brazos.

Sinforosa. Ay, se me va la cabeza.
(*Se deja caer en los brazos de don Blas.*)

Blas. ¡Oh, Sinforosa!

Sinforosa. (*Separándose.*) ¡Por Dios!
fué un mareo, pasó ya;
resuelta su dicha está.
Nos casaremos los dos.

Blas. Es que mi genio es muy fuerte;

mis costumbres la diré.

Sinforosa. No me importa, ya las sé,
y unida irá nuestra suerte.
Solo temo esa manía...
Lo siento, mas no me amaño.
Todos le llaman tacaño...

Blas. No tal, es economía.
Con la ambicion no me avengo.
¿Ó soy avaro quizás
porque no anhelando mas
quiero guardar lo que tengo?
¿Soy avaro porque diga
que mas de lo que gastamos
perdemos y derrochamos?
Cada cual sus leyes siga.
En esto, ni un punto cejo.
Quizá soy bien generoso,
pues que no siendo ambicioso
todo á los demas lo dejo.

Sinforosa. Hay cosas que dan corage.
Apenas llegó vuestro hijo
aun no le abraza, y ya dijo
¿cuánto te ha costado el viaje?
Reniego de su porfía.

Blas. De poco se hace usted cruces:
(*Se levanta y apaga una de las dos luces.*)
¿para qué sirven dos luces?

Sinforosa. ¿Y eso qué es?

Blas. Economía.
Y aun las dos estan demas
luciendo la luna.

Sinforosa. ¡Qué hombre!
Miserable hasta en el nombre.

Blas. Cierto que es bien corto, Blas.
Menos tiempo, menos tinta
cuando firmo gastaré,
y á veces pongo una B.

Sinforosa. Somos de opinion distinta.
Si sois lo mismo en amar...

Blas. Nunca en eso fuí tacaño...

Sinforosa. A mucho trigo, buen año...

Blas. Pues trigo os ha de sobrar.

A ello desde ahora me obligo.

Sinforosa. ¡Obligacion temeraria!
El pan es comida diaria;
jamas nos fastidia el trigo.

Blas. Cuidado no resbalemos...
A mi hijo quiero buscar.

Sinforosa. Voy mi sobrina á llamar.

Blas. Y cuanto antes los casemos...

Sinforosa. ¡Ay! ¿qué tendrá el matrimonio,
que al nombrarle nada mas...?
Estas deben ser, don Blas,
tentaciones del demonio.

Blas. A Dios; me voy; hasta luego.

Sinforosa. ¿Se acordará usted de mí?

Blas. ¡Su imagen la llevo aqui!

Sinforosa. ¿Y se apagará ese fuego?

Blas. ¡Son tan vivas sus hogueras...!

Sinforosa. Si usted...

Blas. ¡Voto á Belcebú!
¿Cuándo me hablará de tú...?

Sinforosa. Ya pronto, cuando tú quieras.

Blas. ¡Quisiera tener un trono
solo para tí, mi vida!

Sinforosa. Vuelve pronto...

Blas. A Dios, querida.
¡Ay qué rica!

Sinforosa. ¡Huy, qué monono!

(*Se van, él por el fondo, ella por la derecha.*)

ESCENA II.

DOÑA ISABEL, *por la izquierda.*

Pues señor, quieren casarme
con un pedazo de atun:
vamos, será vano empeño;
primero con Belcebú.
Y mas cuando sé que está
muriendo por esta cruz
un novio que Dios me dió,
y vale mas que el Perú.
Cierto que es pobre, mas tiene

honra, saber y virtud;
tres cosas que en estos tiempos
dan por cierto poca luz.
Mentí porque no sospechen:
perdónemelo Jesus.
Mas ya viene; pobre Gil.
No debo decirle aun...
Con todo al traste daria.
Voy á jugar un albur.
¿Si yo con maña pudiera
fastidiar á ese avestruz
con quien me quieren casar?
Pero si acaso no hay mús,
¡ay Gil de mi corazon!
tendré que decirte abur.

ESCENA III.

DOÑA ISABEL. DON GIL.

Gil. Felices los ojos
que á solas te ven.
Isabel. ¿Asistes al baile?
Gil. Sí que asistiré.
Mas... ¿cómo tan fria?
¿y el mucho querer
que há poco...? ¿te canso?
¿Mudanza tal vez?
Isabel. Cierto, me incomoda;
y no escucharé
celos tan ridículos,
tan necia sandez.
Gil. Entonces, ¿qué causa...?
Isabel. Ya te la diré.
No eres tú el motivo
de mi mal cruel.
Por ahora tan solo
debes de saber
que aunque de la iglesia
esté en el dintel,
aunque del altar
me vieras al pie

y esposa de otro hombre...

Gil. ¿Cómo de otro? ¡quién!

Isabel. Hoy no, pero pronto
te lo contaré.
Pues como decia,
si llegas á ver
que á algun otro tierna
le llamo mi bien,
no dudes, Gil mio,
de mi amante fé;
y no aunque me mires
rendida con él
diciendo palabras
que no sentiré,
me juzgues ingrata:
¡ah! no, siempre fiel
mi pecho te adora.
Aunque con desden
te trate algun tiempo,
siempre te amaré.
Todo es por salvarnos.

Gil. Salvarnos, ¿de qué?
¡Me gustan los medios...!
Esplícate bien:
¿ó esto es coquetismo,
ó dime qué es?

Isabel. Calla; esas palabras
me llenan de hiel.

Gil. ¡Y tú á mí me llenas
de yo no sé qué!
¿Piensas engañarme?
Al fin lo has de hacer.

Isabel. Si de mí sospechas
entonces lo haré;
de nuestra constancia
basta que dudeis
para que nosotras...

Gil. Eso ya lo sé,
que sois las mugeres
hijas de Luzbel.

Isabel. A Dios.

Gil. ¿Y te marchas...?

Isabel. ¿ Por qué no ?
Gil. Muger...
¡ Ah !
Isabel. ¿ Capitulamos ?
Gil. Sí.
Isabel. Pues á mis pies...
Gil. Ya estoy.
Isabel. Eh, levanta.
Gil. Nunca dudaré.
Isabel. ¿ Me querrás ?
Gil. Sí, mucho,
á mas no poder.
Isabel. Pero á nadie... ¿ entiendes ?
Gil. Mudo seguiré.
Isabel. Vete ya, no vengan.
Gil. A Dios, Isabel.
Al salon me marcho.
Isabel. Y luego aqui ven.

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL. DOÑA SINFOROSA.

Sinforosa. ¿Dónde te metes, muger ?
Una hora te estoy buscando
y nadie me da razon.
Ya llegan los convidados,
y antes que la fiesta empiece
quisiera hablarte despacio.
Silvestre. (*Desde adentro.*)
Quiá, padre, sermon perdío.
Sinforosa. Aqui está ya.
Isabel. ¡ Cielo Santo !
Sinforosa. Él es; prepárate á hablarle
cariñosa, y con...
Silvestre. Cuidiaò;
(*Entrando.*)
Pos no es mala la aprension.
Muarme; ¿ y si piyo un pazmo ?
Sinforosà. ¿ Qué te parece, sobrina ?
Isabel. Bien. (Muy mal.)
Sinforosa. ¡ Qué, si es muy guapo !

ESCENA V.

DOÑA ISABEL. DOÑA SINFOROSA. DON BLAS. SILVESTRE.

Silvestre. Es en balde su interes;
no me muo, y si prolonga
su tema, quisá me ponga
la camisa del reves.
Pos mas avíos no truge
que el marseyés y las botas;
yo no entiendo é gavotas.
¿Con que á qué viene ese empuge?

Blas. Yo te daré ropa mia
hasta que mañana un sastre...

Silvestre. ¡Pos ya baja! ¡vaya un lastre!
¡qué sandunguero estaria!

Blas. No saludas... Di á los pies...

Silvestre. ¿A los pies? no soy esclavo.
Mas si he de yegarme al cabo
¿qué mas da antes que dempues?

Blas. ¿Sabes lo que vas á hablar?
Estoy á los pies de usté.
¡Con entereza!

Silvestre. Ya sé.
Alto, que voy á empesar.
(*Se acerca á doña Isabel.*)
¡Mi prenda!

Blas. Calla; eso no.

Silvestre. Ya ma cuerdo; ¡qué torpesa!
A sus pies con enteresa...

Isabel. ¡Já, já, já!

Blas. ¡Ya la soltó!

Silvestre. Yo no entiendo é coloquios,
ni é gestos, ni é mengues.
¡Me esmurengan esos dengues,
maplastan los sercunloquios!

Blas. No hay razon que le convenza...
Sin vergüenza... Señorita... (*A Silvestre*)

Silvestre. ¿Que le diga, osté me inrita,
zeñorita sin vergüenza...?

Isabel. No entiendo ni jota, hermano.

Silvestre. ¿No chanela, reina mia?

Jui, ¡que dulse es la arropía!
¿Pos qué, no hablo yo en cristiano?

Blas. Hombre, basta.

Silvestre. Sonsoniche,
porque me gusta ese cacho
mas que un plato é gaspacho:
¿quié osté que de pena espiche?
¡Ni siquiera una mirá...!
¿Osté quié que yo reviente?

Isabel. ¡Oh, qué amor tan de repente!

Silvestre. Soy un fósforo, é verdá.
¡Vaya un esporton de grasia!
En ese cuerpo é los dos
¡non plus ultra puso Dios!
(No he visto gembra mas lasia.)

Isabel. ¿Y qué estudios hizo usted?

Silvestre. Sé el Ripalda é memoria.

Isabel. ¿Y aprendió...?

Silvestre. Claro está, en Coria.

Isabel. (Bien se le conoce á fé!)

Silvestre. Aunque me crié campestre,
no ladro.

Isabel. ¿Cuál es su nombre?

Silvestre. Silvestre.

Isabel. (Bien dije, este hombre
tiene cara de Silvestre.)

Blas. Y no es lerdo, yo respondo.

Isabel. ¡Cierto...!

Sinforosa. ¿Y aun lo dudarás?
¡Cuando lo dice don Blas...!

Silvestre Sí... habló Blas, punto reondo.

Blas. Sé mas breve.

Silvestre. Náa, é porraso;
¿quié osté que lo ege asi?
siempre lo mesmo le vi,
hasta en el hablar escaso.
Égeme osté que desbuche...
Zeñorita, yo bien veo...
¡vamos, que no soy tan feo
pa que ni si quiá me escuche!

Isabel. Y quién dice... no señor;
al contrario, solo digo...

Silvestre. Que pa junirse conmigo
se necesita valor.
Isabel. No tal; se echa usted por tierra;
bien sus cualidades veo...
Silvestre. (No es esto lo que deseo,
si me yega á amar me entierra.)
¿Y qué resuelve?
Isabel. Que sí.
¿Y usted?
Sinforosa. Fuera triquiñuelas. (*A Silvestre.*)
Silvestre. (¿Pa cuándo son las viruelas?)
Lo mesmo digo.
Isabel. (¡Ay de mí!)
Blas. Bueno.
Sinforosa. Bien, me alegro mucho,
y de corazon lo digo:
¿con que emparienta contigo?
Silvestre. ¿Y quién será este falucho?
Blas. Su tia.
Silvestre. Mucho malegra.
Blas. Yo tambien el que te cuadre.
Silvestre. Yo pensé que era su madre;
tiene asi... cara de suegra.
¡Parentesco muy endino!
y tan dificil sería
haber sobrina sin tia
como tio sin sobrino.
Blas. Es muy noble su blason,
y de marqueses desciende.
Silvestre. A dies leguas me trasiende
á marquesa é munision.
Con que, señora, acabemos;
alegría y á bailar.
Y... pues... no hay mas que aguantar
tan y mientras nos casemos.
Isabel. ¿Y asi va usté á bailar hoy?
Silvestre. ¿No estamos en carnabal?
Isabel. Es cierto.
Blas. Justo.
Sinforosa. ¡Cabal!
Silvestre. Pos yo de máscara voy.
Sinforosa. Son tantos los que vendrán.

En poniéndose careta...

Silvestre. ¿La tengo yo é baqueta?
Pero no, no me verán.

Isabel. Pues entonces...

Silvestre. Me estaré
por estos alrecores.
(En busca é mi Olores
sí que me las guiyaré.)

Isabel. (¡Si pudiera fastidiarlo
y su rencor consiguiera!)

Silvestre. (¡Si apajolarla pudiera
con esta labia que charlo!)
Con que...

Isabel. Despues hablaremos.
Ahora me voy á bailar.

Sinforosa. Con él te debes quedar...

Isabel. Deje usté, tiempo tenemos.
(*Se va.*)

Blas. ¡Malorum! (*A doña Sinforosa.*)

Sinforosa. ¿Don Blas, qué tal?

Blas. Harto mis ojos lo ven.
Esto, amiga, no va bien.

Sinforosa. Sí señor, que va bien mal.

ESCENA VI.

DON BLAS. SILVESTRE.

Blas. ¿Cuándo has de ser, loco estoy,
racional enteramente?

Silvestre. ¿Se le ha ido á osté el pesquiz hoy?
Si yo é rasional no soy,
¿qué habrá sío mi asendiente?

Blas. Con esa facha, está claro,
¿qué muger te ha de mirar?

Silvestre. Siendo de mi suerte avaro,
por salirle menos caro
me crió osté en un lugar.
¿A qué viene con pamplinas,
si nunca he visto esos rangos?
si entré bueyes y gayinas,
jamas traté gentes finas,

¿qué sé yo ó ringondangos?
Osté pa su aquel se dijo,
que no falta quien lo entienda:
puesto que ya tengo un hijo,
en mandándole al cortijo
él cuidiará de mi hasienda.
Y dicho y hecho, asi jué:
luego yo cresiendo fuí,
y sin consultarme osté
me yamó, segun se ve,
porque quié casarme aqui.
Y como ajorcan por juerza,
tendré al fin que apechugar
aunque mi rason se tuersa,
y me tendré que casar
salga col, ó salga versa.

Blas. Y que asi lo hagas espero.
¿Quieres que ingrato te llame?
Te doy muger y dinero.

Silvestre. Me gusta mas ser soltero:
el buey suelto, bien se lame.

Blas. No será, voto á mi grey:
dí ya mi palabra, y basta.

Silvestre. Siga del refran la ley.

Blas. ¿Qué?

Silvestre. Por su palabra al buey,
como al hombre por el asta.

Blas. Buey ó no, te casarás.

Silvestre. Ó no.

Blas. Y el alma te rajo.

Silvestre. En dando al alma no mas,
debe ser un espantajo.
Yo no la he visto jamas.

Blas. Y harto mi furor reprimo
al ver que me contradices.
¡Mas si mi palabra eximo
te cuelgo de las narices...!

Silvestre. ¿Tengo yo cara é rasimo?

Blas. Se cumplirá mi deseo.

Silvestre. ¡Ó no!

Blas. ¡Aleve!

Silvestre. (En vano lidio.)

¡No se ponga osté tan feo!

Blas. ¡Repórtate, porque veo
que hago ¡horror! un hijicidio!
y quítate ese dorman,
y esos botines de cuero.

Silvestre. ¡Pos poco majos estan!

Blas. ¿Qué pareces...? un bolero.

Silvestre. Y osté paese un sacristan.
No ejo yo mis patiyas
ni mi gavio calañés
por yevar esas faldiyas,
que se paesen ostés
al Cristo é las enagüiyas.
Vaya una planta salá:
ponerme asi, pos ya es obra.
¿pa qué sirve, puñalá,
esa colmena elevá?
¡Y too ese paño que sobra!

Blas. ¿Y aun me llamarán tacaño?
Oyes, tráeme unas tijeras:
con las sobras no me amaño;
si á mi frac le sobra paño,
corta ya por donde quieras.

Silvestre. Yo no nasí para usía
ni los usos de la corte.
¿Qué sé yo é polisía?
No hay cosa que mas me corte
que haser una cortesía.
Vamos, me retiembla el pecho,
y no sé lo que me da.

Blas. Te corres.

Silvestre. Pues; ¡ahi está!
Yo que me estoy tan derecho
delante de una torá.
Me enseña osté una cartiya;
y luego toa la trabuco;
en yegando, zas, me esnuco,
y cambio la seguidiya,
y digo embío, por truco.
Esto no se iso pa mí;
¿de qué sirven sus encomios?
Me devano la chichí,

y la proste conseguí
ensenderme en reconcomios.

Blas. Si á ello tu muger se aviene
¿qué te importa?

Silvestre. Lo que es yo
que sí dije; sa cabó.
Luego truene lo que truene.

Blas. Bueno, ya se decidió.
¿Te quedas?

Silvestre. Aqui me queo.

Blas. Pronto vuelvo.

Silvestre. Hasta dempues.
Creerá que me chupo el deo;
y he de engañarlos si pueo
como dos y una son tres.

ESCENA VII.

SILVESTRE.

¡Pos es guena la toná!
¡Y he de casarme á disgusto
cuando tengo yo una gembra
que es la reina de too el mundo!
Yo pensé que me valdria
el querer hacer el bruto;
pero náa, se han empeñao,
y que me casan presumo.
Si pa comer tan siquiera
contara con un seguro,
no hay mieo que no mabria
de enlasar ú echar el nuo,
que casarse y amarrarse
yo me pienso que too es uno.
Y el caso es, que si mi niña
yega á saber el asunto...
Con eya debí casarme
antes de venir, ¡qué burro!
y luego traerla comigo.
En esto anduve algo surdo,
y pa salir de este lanse
no me quea mas recurso

que amoscar á la sobrina;
pero ya se echó en el surco,
y en diciendo eyas me caso
¿quién es quien pararlas puo?
Y á lo visto pa la novia
no soy plato é mal gusto.
Vamos, yo no sé qué haser.
Como su tia... Seguro,
me enamoro é la vieja,
y si eya sigue mi rumbo
ya tratará por sí misma
de haser este enlase nulo.
Aqui viene; me preparo,
y á dar un ataque brusco.

ESCENA VIII.

SILVESTRE. DOÑA SINFOROSA.

Silvestre. ¡Hay-momentos, puñalá,
en que me rompiera el alma!
¡Y he de sufrirlo con calma!
Sinforosa. ¿Qué es esto? ¿qué pasará?
Silvestre. Señora, esto quié desir
que de otra me enamoré,
que á la fin me casaré,
y que me voy á morir.
Yo no sé lo que me digo;
siertas mis palabras son;
perdon, señora, perdon: (*Arrodillándose.*)
¿se quié osté casar conmigo?
Ya lo vi, jué un trabucaso.
Sinforosa. Pero hombre... ¿está usted en sí?
Silvestre. Cual lo dije lo sentí,
me enamoré de porraso.
Sinforosa. ¡Qué escucho!
Silvestre. Perdí el estribo;
si osté conmigo es tirana
me cuelgo de una ventana
ó me despeyejo vivo.
Sinforosa. De exasperarle no trato.
Silvestre. Si me trata con fieresa

me corto aqui la cabesa,
y despues se la echo al gato.

Sinforosa. ¡Desollarse! ¡buen consejo!
Mas no ha de ser, voto á tal:
sofoque su amor fatal:
(¡qué lástima de pellejo!)
Mas ya es tarde, amigo mio.

Silvestre. ¿Qué quié osté desir? ¿quisá
que su mersé pasó ya
á la otra banda del rio?
Náa importa, si osté se enclina.

Sinforosa. (Y su padre, cielos... no,
y el músico que indicó,
y despues con mi sobrina...)
Es imposible.

Silvestre. Está bien.

(*Saca la navaja y hace como que cava en el suelo.*)

Sinforosa. Y no porque no me cuadre.
(Me gusta mas que su padre,
y que el músico tambien.)
Ya usted ve, fuera locura...
¿Pero qué es lo que estoy viendo?
Por Cristo, ¿qué está usté haciendo?

Silvestre. ¿Qué jago? ¡mi sepoltura!

Sinforosa. Su padre lo deshereda...

Silvestre. Y á mí qué me importa; náa;
Yo ya soy mayor de edá;
trabajaré, y lo que puea...

Sinforosa. Esas no son las razones;
sino logro que se avenga
aun pueda ser que yo tenga
algunos cuántos doblones.

Silvestre. ¿Con que pudiera esperar...

Sinforosa. Eso veremos... tal vez...

Silvestre. Es que me aprieto la nues.
Ó nos hemos de casar...

Sinforosa. Con los años que le llevo...

Silvestre. El hombre á tóo sacostumbra.

Sinforosa. ¡Esta vela ya no alumbra!

Silvestre. ¡Mas no por falta de sebo!
Que no alumbra, y esos soles
me estan disiendo... ¡ay está!

¡Vale mas esa miráa
que toa España, caracoles!
¡Qué, si al mirarme en su lus
matortolo, me derrito,
y me queo... tamañito!

Sinforosa. No lo estraño; ¡es andaluz!
No soy tan fea en rigor:
¿qué estraño que asi se esplique?
¿Quiere usted que le abanique?
hay horas... ¡uf! ¡qué calor!
Su cariño va á matarnos.

Silvestre. No peligras; estás ya
de insendios asegurá.

Sinforosa. ¡Y pensaba jubilarme!
¡Mas no lo haré, cielo santo!

Silvestre. ¡Guena presa pa un asedio,
y hase tres siglos y medio
que está ya curá de espanto!

Sinforosa. Si no es cierta esa pasion...

Silvestre. ¿Pos entonces, qué interes...?

Sinforosa. Y dice bien, eso es.
Él pierde una proporcion.
¿Y qué hacer? ¡qué compromisos!
¡Yo no sé lo que me pasa!

Silvestre. ¡Mi osté que soy una brasa,
pestañiyas de estos clisos!

Sinforosa. ¡Mas qué dirán...!

Silvestre. ¿Y eso qué?

Sinforosa. Accedo; pero discreto
ha de guardar el secreto,
que yo luego...

Silvestre. Chachipé;
lo primero que interesa
es que su sobrina...

Sinforosa. Estamos:
sino, ¿cómo nos casamos?
¡Me pesa, Señor, me pesa!
Pero al fin, yo soy muger,
y como tal deleznable.
No olvido que soy culpable;
¿pero ya qué hemos de hacer?
Reparar fuera locura.

¡Murmure de mí la gente
mientras paso dulcemente
este valle de amargura!
Perdona, Blas; sabe, pues,
que siempre baza mayor
dicen que quita menor,
¡aunque ahora ha sido al reves!

Silvestre. ¡Si al fin en estrecho laso...!

Sinforosa. ¡Con qué gracejo requiebra!

Silvestre. ¡Que no haya cosa sin quiebra...!
Esa mano...

Sinforosa. ¡Bribonazo!

Silvestre. No lo tome osté á lisonja...

Sinforosa. Vamos... al oirle á usté
siento asi... un yo no sé qué,
¡y me inflo como una esponja!
Es inocente el favor...
No veis el carmin que asoma...
(Y el tonto aun no me la toma...)
Son ráfagas del rubor.

Silvestre. Perdon, sino me contuve (*La coge.*)
cuando esas ráfagas veo.
(Ráfagas no, pero creo
que no es eya mala nube.)

Sinforosa. ¡Si luego...!

Silvestre. (*Desde la puerta.*)
¿Qué es lo que oí?

Sinforosa. ¡Cómo!

Silvestre. ¡Bravo!

Sinforosa. ¡Qué indiscreto!
Antes que me comprometa...

Silvestre. Me voy...

Sinforosa. Pero luego, aqui.

ESCENA IX.

DOÑA SINFOROSA. DON GIL.

Gil. ¡Hola! ¿hay amores?

Sinforosa. No tal.

Gil. Lo digo por lo que he visto.

Sinforosa. Pues ha visto usted muy mal.
Gil. Bien, señora, no resisto.
Quisiera hablar con usted.
Sinforosa. Pues yo no, con que hasta luego.
Gil. No importa, la seguiré
hasta que escuche mi ruego.
Sinforosa. ¡Mire usted que es buen afan!
Todo el dia tras de mí...
Gil. Es que á la pelota estan
jugando conmigo aqui.
Sinforosa. ¿Yo con usted?
Gil. No señora;
pero estoy enamorado...
Sinforosa. ¿Usted? ¡ah! ¡ya caigo ahora!
Con el otro se ha encelado.
Gil. Cierto.
Sinforosa. La sospecha mia...
Gil. Siempre traté de ocultar...
pero ya ha llegado el dia.
Sinforosa. ¡Calla! se va á declarar.
Gil. Señora, pobre nací.
Sinforosa. Malos argumentos trazas.
Gil. Siempre con honra viví.
Sinforosa. Le daremos calabazas.
Gil. Músico soy.
Sinforosa. ¡Singular!
Gil. Y aunque da bien poco el arte...
Sinforosa. Pues se puede usted largar
con la música á otra parte.
Nada conseguir podrá.
Todo lo que haga es en vano.
(¡Tambien el músico está
muerto por mi blanca mano!)
Gil. Mas señora...
Sinforosa. Hasta despues...
Otro le ganó el albur.
Pues señor, cero, y van tres.
Qué, si hay dias... con que abur.

ESCENA X.

DON GIL.

Rabiando estoy de corage.
Tambien la vieja maldita,
matando mis esperanzas
alienta las penas mias.
Segun me ha dicho, no hay duda,
se casará su sobrina
con ese yo no sé quién,
y me quedaré peristan.
¡Si á mi rival conociera!
pero ya se ve, la tia
no me dejó meter vaza.
¡Y se vendió tan amiga!
Hice mal en declarar...
Pero lo que mas me irrita
es saber que la que quiero
mil veces mas que á mi vida
consintió ya en el enlace
que ha de labrar mi desdicha.
¡Oh! Si los encuentro juntos,
á ella y á él los hago trizas.

ESCENA XI.

SILVESTRE.

Ahora bailando la vi;
cuando acercarse debia
mas hinchá que un pavo real
reguelve á otro lao la vista.
Pos segun veo, me quiere
por compromiso la niña.
Es claro; y sino se casa
no le da un cuarto la tia.
Pos náa, la voy á cargar,
á abrumarla de caricias.
Eya trata de cansarme
haciendo mil tonterías:
si sejo, mi padre ya

no me da un real en su vida:
al ver eya que va serio
veremos á quién se enclina.

ESCENA XII.

SILVESTRE. DOLORES.

Dolores. ¿No me conoces?
Silvestre. ¡Dios mio!
Dolores. ¿Yo toa la noche esperando,
y tú sin ir, maldesío?
Silvestre. Pero di, ¿cómo has venío...?
Dolores. ¿Que cómo he venío? ¡andando!
Salistes, seguí la veta;
supe la junsion daqui,
y me planté una careta:
como vestimos asi
me colé, y siga la treta.
Mira, no te pongas visco,
porque náa conseguirás;
tengo el corason de risco.
Oyes, vi á tu padre Blas,
y al pasar le arrié un peyisco.
¡Tapajolas! ¡que me gusta!
¿Ó tal ves alguna usía
es ya el ramal de esa fusta?
¡Pos es que á mí no masusta
naide en el mundo, alma mia!
Y lo que pasó recuerda,
que no te lo igo en balde:
con aquella... no juí lerda,
que lamarré duna cuerda,
y sino es por el alcalde...
Bien empleao me estará;
en tus palabras creí,
y ahora tal ves, puñalá,
sola, probe, abandoná
me piensas dejar aqui.
Silvestre. ¡Espresiarte tu gaché!
¿No miras que en dos gilachos
partía el alma tendré

porque al irte sentiré
el corason en dos cachos?
Me estás ofendiendo ya.
¿Dejarte yo, sol del mundo,
cuando el alma arropía
siempre mirándose está
en esos clisos? ¡me jundo!
¿Dejarte, cuando eres tú
la barquiya que me lansa
al puerto de mi esperansa?
Ven, alma mia, ¡churrú!
á mis brasos sin tardansa.
Que aunque dangustias me yenas
y tus negras faitiguiyas
es manantial de mis penas,
eres sol de las morenas,
la désima maraviya.

Dolores. Oyes, la désima no;
hay ocho; seré la nueve.
¿Estás un poco burlo?

Silvestre. ¡Y no ves, muger aleve,
que la novena soy yo!
¡Huy! ¡huy! ¡huy! que mas te quiero...

Dolores. ¿Que yo á tí? mucho te engañas,
que ese garbo sandunguero
lo tengo yo toito entero
liaito con mis entrañas.
Que al mirar tu marseyés
festoneao de caireles
toas me isen, ese es;
y afilando los pinreles
se esmurrungan á tus pies.

Silvestre. Ven, que del amor los lasos
ya nos unieron en Coria:
¡no temas náa de esos guaros!
¡Luego disen que no hay gloria,
y la tengo yo en mis brasos!

Isabel. (*Entrando.*)
¡Dios mio! ¿cierto será?

Silvestre. Chiquiya, lárgate ya.

Dolores. Voy á ver lo que hay por dentro.

Silvestre. Y yo te saldré al encuentro.

Cudiao con hablar ayá.

ESCENA XIII.

SILVESTRE. DOÑA ISABEL.

Isabel. ¿Con que se quieren los dos?
Me alegro; voy á apurarle,
porque sin duda á la fuerza
quieren hacer este enlace:
al mirar mi decision
veremos si se retrae.
No llegue Gil; está adentro;
y es que quisiera enterarle.
Silvestre. ¡Zeñorita!
Isabel. ¡Cómo! ¿está
aqui sin entrar al baile?
Silvestre. Me pirro por estar solo.
Isabel. ¡Pues la soledad me place!
¿y esa máscara que estuvo
con usted hace un instante?
Silvestre. (Seliyo...) Me preguntó
que hácia ónde estaba... el estanque,
ó qué sé yo; ¿pero á qué
viene con quejas amantes
cuando yo la quiero mas
que á las uñas de los ángeles?
Isabel. (¡Malo!) Yo tambien á usted
lo que le adoro no sabe.
Silvestre. (¡Maldision!) ¡Jui! ¡qué dulsores
cuando con osté me case!
Isabel. ¡Debemos ser muy dichosos...!
Silvestre. (¡Arre allá!) Felis enlase!
Isabel. Pues señor, este no cede.
Silvestre. Pos la endina sigue alantre.
Voy á echar el resto.
Isabel. A ver
si puedo desesperarle.
¡Cuál le quiero!
Silvestre. ¡Cuál la adoro!
Isabel. ¡Es usted mi bien!
Silvestre. ¡Mi angel!

Isabel. ¡Mi esperanza! (*De prisa.*)
Silvestre. ¡Mi consuelo,
y mi vida,
y...
Isabel. ¡Qué tunante!
Silvestre. Pues no cede...
Isabel. Malo va.
Silvestre. Si para que pie tomase
por hablar con mas franquesa
me diera una mano...
Isabel. ¡Infame!
Silvestre. ¡Oh qué goso!
Isabel. (*Con ironía.*) ¡Qué ventura!
con que hasta luego...
Silvestre. ¡Buen viaje!

ESCENA XIV.

DON GIL. DOLORES.

Dolores. Maldision en toos los hombres:
¡á la proste hijos de Adan!
Gil. ¡Maldicion en las mugeres
y en su negra falsedad!
Dolores. ¡De la boa de Silvestre
habló la vieja á don Blas!
¡Y náa madicho el endino!
Con otra se casará.
Gil. ¿Quién dijera...
Dolores. ¿Quién pensara...
Por via de...
Gil. (*Tropezándose sin verse.*)
¡Voto...!
Gil y Dolores. ¡Ah!!
Gil. Disimule usted, señora.
Dolores. ¡Vaya un saluo bestial!
Gil. Basta ya de hacer el oso;
ahora, venganza no mas.
Magnífico; voy á hacer
á esta el amor; allá va.
Dolores. ¿Y qué hago yo?
Gil. ¿Mascarita?

Dolores. ¡Mascaron, juya dacá!
Gil. ¿Hasta en el lenguaje quieres
á los gitanos copiar?
Dolores. Zeñorito esbaratao,
osté el gitano será.
Gil. Bueno, sigue tu capricho.
¿Mas por qué te has de enfadar?
Dolores. Y tambien me habla é tú.
Gil. ¡Oh! ¡qué linda!
Dolores. ¡Jarre ayá!
Gil. ¿Si bailara un rigodon...?
Dolores. Osté me quiere ensultar.
¿Qué es eso é ringodones?
Gil. Si todo eso está demas.
A fé de Gil que te quiero.
Dolores. ¡Vaya un nombre! ¿si será
don Gil de las calsas verdes?
Gil. ¿A qué ese desden fatal,
cuando ciego al ver tus ojos?
En su grata claridad,
palomilla de de su fuego...
Dolores. Vaya un palomo é verdá.
Gil. Y cuando rendido...
Dolores. Largo;
se rindió, pos á escansar.
Gil. ¡Y qué mano!
Dolores. ¿La ve osté?
Si le arreo una ofetá
da mas gueltas que lantejas
coge el hueco é la mar.
Gil. Vamos...
Dolores. ¡Juya osté de mí!
Gil. Si me gustas...
Dolores. ¡Puñalá!
pero qué tonta; á vivir:
cuando me puco vengar
dándole selos al otro,
que presto por mí vendrá...
Gil. ¿Con que al fin ese desvío...?
Dolores. ¿Yo desviarme? no tal;
poco me gusta un usía:
vamos, si es barbariá.

Gil. Si cuanto mas disimules
tienes que gustarme mas.
¿Y bailaremos?
Dolores. Dempues.
Gil. ¿Y mi amor vas á escuchar?
Dolores. Poá ser.
Gil. ¿Pero esa careta,
dime, te la quitarás?
Dolores. Veremos...
Gil. Ya se rindió.
¡Pero qué talle!
Dolores. ¡Aqui está!
Gil. ¿Y tendré correspondencia?
Dime, dímelo.
Dolores. Eso, ¡quiá!
Gil. Al menos por esta noche...
(¡Al fin me podré vengar!)
Dolores. Me convengo. (¡Probe tonto!
cuántas lo que yo hago harán.)
Gil. ¡Y la infeliz no conoce
que todo esto es falsedad!
Dolores. ¡Al salon!
Gil. Eso, al salon.
Dolores. Y no te has de separar.
Gil. Ni tú de mí: ven, hermosa.
Dolores. Nagémonos, mi galan.
Isabel. ¡No se puede sufrir esto. (*Saliendo.*)
Silvestre. ¡No se puede aguantar mas!

ESCENA XV.

DICHOS. SILVESTRE. DOÑA ISABEL.

Silvestre. (*A Dolores.*)
¡Infame!
Isabel. (*A don Gil.*) ¡Aleve!
Isa. y *Silv.* (*Sorprendidos al verse.*)
¡Dios mio!
Gil. (*A doña Isabel.*)
¡Cómo!
Dolores. (*A Silvestre.*)
¿Y ahora?

Gil. (*Al ver la sorpresa de doña Isabel y Silvestre.*) ¡Cielos!

Isa. y Silv. (*Admirándose y comprendiendo sus dobles amores.*) ¡Ah!

Isabel. (*A Silvestre.*)
¿Y es usted el que juraba...?

Silvestre. (*A doña Isabel.*)
¿Con que me quiso engañar?

Dolores. (*A Silvestre.*)
Y tú, traidor, hoy me vendes
como lo hiciera un charran.

Gil. (*A doña Isabel.*)
Lo que pensaba fingido
ahora he visto que es verdad.

Isabel. (*A don Gil.*)
¿Dudas?

Gil. (*A doña Isabel.*)
Lo mismo que tú.

Silvestre. (*A Dolores.*)
¡Y aun te quejas!

Dolores. (*A Silvestre.*)
¡Arre allá!

Silvestre. (*A doña Isabel.*)
¿Con que segun veo usted...

Isabel. (*A don Gil.*)
¡Y aun niega su falsedad...!

Gil. (*A doña Isabel.*)
¡Ingrata!

Isabel. (*A don Gil.*) ¡Calla ese labio!

Gil. (*A doña Isabel.*)
¿Tener aun razon querrás?

Dolores. (*A Silvestre.*)
¡Cruel!

Silvestre. (*A Dolores.*)
¿Me ensultas aun?

Isabel. (*A don Gil.*)
¡Vil!

Dolores. (*A Silvestre.*)
¡Ingrato!

Silvestre. (*A Dolores.*) ¡Desleal!

Gil. (*A doña Isabel.*)
¡Vaya un descaro!

Silvestre. (*A Dolores.*) ¿ Aun me niegas...?
Isabel. (*A don Gil, que va hasta la puerta tras ella, la cierra con violencia.*)
¡ A Dios!
Gil. (*A doña Isabel, que se va.*)
¡ Aleve !
Dolores. (*Idem que doña Isabel.*)
¡ A Dios !
Silv. y Gil. (*Se quedan cada uno en una puerta por un instante.*) ¡ Ah! !

ESCENA XVI.

DON GIL. SILVESTRE.

Gil. (*A doña Isabel.*)
Haces bien ; huye de mí.
Silvestre. (*A Dolores.*)
Jui si te yego á apandar:
¡por Crizto que é de enclavar
en tu frente mi churí!
Gil. ¡ Caballero!
Silvestre ¡Zeñorito!
Gil. Por fin le conozco á usté.
Silvestre. A Dios grasias su mersé
ha caido ya en el garlito.
Gil. ¡ Qué lenguaje!
Silvestre. Zí zeñor;
osté á mi novia requiebra :
ó aqui se declara en quiebra,
ó tiemble ya mi rigor.
Gil. Por usted mi bien se aleja,
¿y aun pide satisfaccion?
Silvestre. Corre por mangue, y chiton.
Gil. Pues dígame usté, ¿y la vieja?
Silvestre. ¡ Esa tambien!
Gil. Eso es.
Silvestre. Pero lo que mas me raja
es que camele á mi maja.
Gil. ¿ Se va usté á casar con tres ?
Silvestre. Cabalito ; yo soy turco.
Gil. ¡ Vive Dios, que no hay paciencia!

pues bueno, de su insolencia...

Silvestre. No se salga osté del surco.

Gil. Pero hombre, ¿y cómo...

Silvestre. No hay mas;
con las tres, y sacabó.

Gil. Pues salgamos...

Silvestre. So chavó,
¿piensa espantarme quisás?
Aunque yo andalus nasí
no soy fanfarria; mas tema
que se me acabe esta flema
y enristre la serdañí.
Que mas javeques le pinto
que pelos tuvo Sanson;
mas que angustias pasa un quinto
al ver hambriento un jamon.
Tema el furor de estos huesos,
ó le entrousco dun bote
en la antesala el cogote,
la sacristía é los sesos.
Cáyese, que echo senteyas:
¿osté ignora mi poer?
¡Yo soy capas de ensender
un sigarro en las estreyas!
con que soniche.

Gil. ¿Qué es esto?
¿Tambien es gitano, ó qué?

Silvestre. ¿Qué es lo que grasna, chorré?

Gil. Que burlarme se han propuesto,
mas no lo conseguirán.
Ea, se acabó la calma.
¡Por ella me rompo el alma!

Sinforosa. (*Entrando.*)
¡Y por mí se matarán!

Silvestre. Pos á gran mal, gran remedio.

(*Silvestre tira un cachete, que recibe doña Sinforosa al ponerse en medio.*)

Sinforosa. ¡Ay! ¡ay!

Silvestre. ¡Maldigo mi braso!
Siempre se yeva el porraso
mayor quien se pone en medio.

ESCENA XVII.

DON BLAS. DON GIL. SILVESTRE. DOÑA SINFOROSA.

Blas. ¿Qué es esto, señores?
¿Qué ha pasado aqui?
Gil. Esto significa...
Sinforosa. Lo voy á decir.
Bien sé lo que debe
en un caso asi
hacer quien ha sido
la causa infeliz.
(Ahora entre tres fuegos
me tienen á mí.)
Yo no tengo culpa,
mi señor don Gil,
de que guarde un alma
tan ardiente... en fin,
usted ha querido
muy alto subir:
su ambicion...
Gil. Bien poca,
señora, sentí.
Blas. ¡Que no es ambicioso,
y el tal musiquin
mayor instrumento
no pudo elegir!
No se satisfizo
tocando el violin,
y el violon empuña
mas bravo que un Cid.
Hay hombres que nacen
con sino infeliz:
tocando el violon
yo siempre le vi.
Sinforosa. Y habrá de tocarlo
¡ay! hasta morir.
Silvestre. Lo mesmo que ahora
lo toca osté aqui.
Sinforosa. Pues decia... Vamos,
no debo seguir.
(¿A qué avergonzarlos?

son hombres... y al fin,
por escrito... cierto.
Mi sobrina, sí.)
Me voy: pronto vuelvo. (*A Silvestre.*)
Le dejo morir:
por usted al pobre
calabazas dí.

Blas. ¡Já, já! pobrecillo.

Sinforosa. ¿De él se quiso reir?
(*A don Blas, que se enfada.*)
¡Já, já! tambien yo
me río de tí.

Silvestre. ¡Já, já, já! ¡qué necios!
¡Los tres qué gilis...!

Gil. Ya tales insultos
no puedo sufrir;
señores, ¿acaso
se rien de mí?

Sinforosa. ¡Ó témpora, ó mores!
Les voy á escribir. (*Se va.*)

ESCENA XVIII.

DON BLAS. DON GIL. SILVESTRE.

Gil. Veamos qué significa
tanto burlarse: acabemos.

Blas. ¡Tambien de mí se rió!

Silvestre. ¿Qué quié osté desir con eso?

Gil. ¿Qué? que es usted, señor curro,
quien todo lo trae revuelto,
y es hijo de Lucifer
ó aborto de los infiernos.

Blas. Oiga usté, que es hijo mio,
y yo no soy nada de eso.

Gil. Él mis amores me quita,
cuando hace el amor á ciento.

Blas. No hay mas que aguantar; paciencia,
y ahorcarse si tiene celos.

Gil. ¡Si usted cual yo los tuviera!

Blas. Pues por eso no los tengo.

Gil. ¡Y ella, la ingrata, la aleve!

¡Qué coquetismo, qué tiempos!

Blas. No se queje de las de ahora,
que siempre lo mismo fueron.

Silvestre. Si mapajolo, Dios mio,
va á llegar la sangre al sielo.

Blas. Se quedó sin novia: ¡bravo!

Silvestre. ¡Se quedó osté patitieso!

(*Al irse los dos, un criado con dos cartas.*)

Criado. Don Gil, don Blas, mi señora
doña Sinforosa...

Blas. Bueno. (*Se va el criado.*)

Gil. ¡Cielos, de Isabel la letra!
y me desprecia: ¡soberbio!
¿Por quién? ¡por un aveztruz!
¿y lo sufriré? ¡veremos!

Blas. ¿Qué es lo que me está pasando?
Sí, lo leí; no hay remedio.

Gil. (*A Silvestre.*) Caballero, necesito
que nos batamos, y presto.

Blas. Que otro mas feliz... Sin duda
será el músico...

Silvestre. (*A don Gil.*) No quiero.

Blas. (*A don Gil.*) Conmigo se ha de batir;
y es que ha de ser al momento.

Gil. (*A don Blas.*)
¿Tambien con usted? no admito:
hay ya otro lance por medio.
¿Con que es usted tan cobarde? (*A Silvestre.*)
Con el señor es el duelo. (*A don Blas.*)

Blas. (*A don Gil.*) ¿Con que es usted tan gallina
que no admite?

Silvestre. (*A don Gil.*) Bien, saldremos.

Blas. Usted la novia me quita.

Gil. ¡Yo la novia! ¡estamos frescos,
cuando estoy siendo la víctima
de sus amores y enredos!

Silvestre. No hay mas, salgamos.

Blas. ¡Conmigo!

Silvestre. Conmigo ha de ser primero.

Blas. Eso no.

Silvestre. Sí tal.

Gil. ¡Señores...!

Blas. ¡Vamos!
Silvestre. ¡Al campo!
Blas. ¡Corriendo!
Gil. Por Cristo me he de batir
con ustedes dos á un tiempo.
Blas. Economicemos sangre;
mátalo, que yo iré luego.

ESCENA XIX.

DICHOS. DOÑA SINFOROSA. DOÑA ISABEL.

Sinforosa. ¡Míralos! ¡de las pasiones
ve los estragos horrendos!
Gil. Señora, venga usté aqui,
y ponga pronto remedio.
Sinforosa. Se va á empezar el asedio.
Gil. ¡Ingrata! (*A doña Isabel.*)
Isabel. ¿Dudas de mí? (*A don Gil.*)
Blas. ¡Usted me ha puesto en un potro!
Sinforosa. Ya estoy de censuras harta.
Blas. ¿Qué significa esta carta?
Sinforosa. Que le dejo á usted por otro.
Blas. ¡Que me alegra, vive Dios!
Silvestre. ¡Aventuras singulares!
Gil. ¿Con que usted los tiene á pares?
Isabel. Usted sí que quiere á dos.
Sinforosa. Ya que en el caso me ha puesto,
voy á descifrarlo todo.
Blas. ¡Aleve!
Sinforosa. Tenga usté modo,
y sino calla protesto.
Blas. ¿Qué estraño que no me cuadre?
Sinforosa. Rabie si torcí sus fines.
Silvestre. Haya pas entre dos ruines.
Sinforosa. El ruin lo será su padre.
No carezco de fortuna;
tengo una edad regular;
y en fin, me quiero casar.
Silvestre. ¡Ya me queé sin nenguna!
Sinforosa. (*A don Blas y á don Gil.*)
Ni á usté le quiero, ni á usté.

Blas. ¿Entonces, por quién me deja?
Gil. Se habrá pensado la vieja...
Sinforosa. Por otro mas guapo á fé:
mírenlo ustedes... (*Señala á Silvestre.*)
Blas. ¡Qué miro!
¿Y su sobrina...?
Isabel. (*Con alegría.*) ¡Gran Dios!
Sinforosa. Hoy nos casamos los dos.
Silvestre. ¡Probesiya! ¡erraste el tiro!
Blas. No es suya su voluntad.
Silvestre. Pos entonses, ¿de quién es?
Gil. ¿Se casará con los tres?
Silvestre. Yo ya soy mayor de edá;
pero antes de que me case,
(*A doña Sinforosa.*)
pues á ello su amor se enclina,
que el zeñor y su sobrina
(*Por don Gil y doña Isabel.*)
contraigan tambien enlase.
Gil é Isabel. ¡Cómo!
Sinforosa. ¡Ay! ¡Ay! ¿Esas tenemos?
(*A don Gil.*)
¿Quién dijera...? ¿No me habló...?
Gil. Es que usté lo trabucó.
Sinforosa. ¿Qué dices? (*A doña Isabel.*)
Isabel. Luego veremos.
Gil. ¿Asi pagas mis desvelos?
Isabel. ¿Y con otra no te vi?
Gil. Por vengarme lo hice.
Isabel. Sí,
pues se acabaron los celos.
Blas. ¡Yo solo me quedo en blanco!
¡Hijo traidor!
Silvestre. Caye osté.
Si mampara su mersé
yo le libro del atranco.
Blas. Me avengo: vamos á ver.
Silvestre. ¡Palabra!
Blas. Nunca usé dos.
Silvestre. Zeñora, quée osté con Dios,
que yo quiero á otra muger.
Sinforosa. ¡Qué escucho!

Isabel. ¡Dios mio!
Sinforosa. ¡Ah!
Silvestre. Salú, que hoy piyo el camino.
Sinforosa. ¡Es usted... un asesino!
Blas. ¿Se satisfizo usted ya? (*A doña Sinforosa.*)
Sinforosa. ¿Con que todo fué ficcion?
Silvestre. Sí señora.
Sinforosa. ¡Vaya un dia!
Silvestre. (*A Dolores, entrando.*)
¡Aqui está la gloria mia!
¡mi muger!
Blas. ¡Es ilusion!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DOLORES.

Silvestre. ¿Di, no es cierto?
Dolores. Condenao.
Bien meresais que yo
ahora dijera que no
por los selos que mas dao.
Mas por mangue, no hay encono,
que te requiero, y náa mas.
Sin ser rey, ¡siempre tendrás
en mi corason un trono!
Tajumastes sin por qué.
¡Nu dues nunca de mí!
Mus casamos, don Gilí. (*A don Blas.*)
Le regusto, y chachipé.
Silvestre. Le recuerdo lo que dijo...
Ya comprometío estoy:
de toas maneras, me voy.
Blas. Bueno, vuélvete al cortijo.
Todos se casan aqui.
Sinforosa. Don Blas, ¡oh momentos fieros!
Blas. ¿Y hemos de quedar solteros?
¡Sinforosa!
Sinforosa. ¡Blas!
(*Dudan, y por fin se abrazan.*)
Blas. ¡Ah!
Sinforosa. ¡Sí!
Blas. En adelante cuidado;

sino, por economía
mé divorcio el mejor dia.

Sinforosa. Olvido de lo pasado.

Silvestre. ¡Hola!

Isabel. ¿Con que usté y don Blas?

Silvestre. Pas, union entre los dos.

Blas. Aunque hay cosas, vive Dios,
que no se olvidan jamas.

Silvestre. Pos no enlasarse si hay dudas.
Consultád los corasones:
muchas reconsiliasiones
son como el beso de Judas.
Zeñores, ca uno á su avío;
pos logramos con amaños
alcansar un bien cumplío.
Esto descubrir ha sío
las verdades con engaños.
Y nosotros al cortijo.
Perdone, guena muger,
lo que mi labio la dijo;
ya no guelvo hasta tener
visnietos del primer hijo.

Blas. Respira, pecho, respira.

Sinforosa. Cada cual siguió su mira,
trocando con falsedades
deseos por realidades,
la verdad por la mentira.

FIN DE LA COMEDIA.

403:8

FELIPE EL HERMOSO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

Don Eusebio Asquerino.

Y

D. Gregorio Romero y Larrañaga.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Marzo de 1845.

PERSONAS.

LA REINA DOÑA JUANA.
DOÑA MARGARITA.
ANDREA, *villana.*
DOÑA LEONOR, *dama de la reina.*
EL REY DON FELIPE.
DON PEDRO PADILLA.
EL CAPITAN ESPOLETA.
DON JUAN MANUEL.
DON FILIBERTO DE VERÉ.
EL CONDE DE UREÑA.
JUAN, *villano.*
CORTESANOS 1.°, 2.° Y 3.°
UN CAPITAN.
UN UGIER.
UN PAGE.
UN OFICIAL.
UN DIPUTADO.

Diputados, damas, cortesanos, monteros, escuderos, guardias.

La escena pasa en Valladolid á últimos del siglo XV.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de Don Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Decoracion de bosque en el fondo. A la izquierda puerta de casa rústica: á la derecha trozo de una quinta, y á su parte esterior un jardin practicable con puerta á la misma casa y verja que rodea el jardin: puerta lateral de la quinta que sirve de entrada y comunica con el bosque.

ESCENA PRIMERA.

JUAN. ANDREA.

UNO. Al monte.
OTRO. Al valle.
UNO. Es preciso
que la res no se nos pierda.
OTRO. Ya se perdió en la espesura.
UNO. Al monte.
OTRO. Al valle.
UNO. A la selva.
ANDREA. Juan, ¿no escuchas esas voces?
JUAN. ¿Y te sorprenden, Andrea?
son las de los ojeaores
que del bosque en la maleza
andan cazando, y á algunos
la caza del javalí
no es la que mas les contenta,
que andan á caza de gangas,
pues les gustan otras fieras

racionales.

ANDREA. Juan, ¡que siempre
tú tan malicioso seas!

JUAN. ¡Malicioso! ¡quiá! Es güeno
que un hombre decir no pueda
lo que está viendo.

ANDREA. Y á veces
mucho mas dice tu lengua
de lo que tus ojos ven:
ese es tu flaco.

JUAN. Y es fuerza
que esté flaco mientras viva
con una muger...

ANDREA. ¿Ya empiezas, Juan?

JUAN. Es que aunque Juan me llamo,
que só Juan Lanas no creas.
Yo só un animal mú manso
mientras no me hurgan; mas cuenta
que si me pica la mosca
só capaz de hacer...

ANDREA. ¿Qué, bestia?

JUAN. Cualquiera barbaridá.

ANDREA. Lo creo.

JUAN. Pues no me vengas
con cerquinloquios...

ANDREA. ¿Qué es eso?
¿Me amenazas? ¡Ah! pues tiembla,
que yo me sabré vengar.

JUAN. Muger, ¿qué dices? No seas
capaz de... solo al pensarlo
todo el cuerpo me hormiguea.
Vamos, Andreilla... ¡qué diablos!
no refunfuñes... son estas
cosas de marío y muger...
¡si ná te he dicho que pueda
enojarte...! qué me importa
que los cazaores vengan
á ver á esa jóven dama,
y en verdá que no es mala hembra,
que habita en aquella quinta,
y vino de luengas tierras
há poco... muger, ¿no sabes

quién es?

ANDREA. Si no te interesa
á qué... ¡maldito curioso!

JUAN. ¡Ya... pero... siempre... como ella,
y él, y los dos... pues... mas calla,
los cazaores se acercan.
Mira, vete á dentro. (*Empujándola.*)

ANDREA. ¿Agora
en que me me vaya te empeñas?

JUAN. Sí, Andreilla: éntrate pronto,
no te coja alguna fiera.

ANDREA. ¡Si á mí no me causan miedo!

JUAN. ¡Ya...! pero á mí... ¡buena es ella!
se quedó... y vienen los otros.
Ponte á este lado.

ANDREA. ¡Qué tema!

ESCENA II.

DICHOS. EL REY, DON JUAN MANUEL, DON FILIBERTO, *en trage de cazadores, acompañados de algunos monteros que se retiran al momento.*

REY. La caza ha sido abundante.

J. MANUEL. Hay mucha por esta tierra.

REY. Imita tanto á la guerra,
que es mi aficion mas constante.

FILIB. Cierto que es noble ejercicio.

REY. Por peligroso me agrada,
correr tras la fiera airada
de un abismo á un precipicio.
¡Qué espectáculo mas bello
que á los lebreles mirar
lanzarse sin vacilar
del javalí sobre el cuello.
Y aunque de sabuesos mil
se ve cercado, al instante
defenderse centellante
con sus dientes de marfil.
A uno derriba, á otro hiere,
y aunque de luchar cansado,
de sangre y sudor bañado

no se entrega hasta que muere.
De ira se muerde el lebrel
si se le escapa la presa,
mas presto el bosque atraviesa
y vuelve á cerrar con él.
Y echando espuma los dos
se embisten con tanta saña,
que la sangre que los baña
los confunde, ¡vive Dios!

J. MANUEL. ¡Fue la pintura escelente!

FILIB. Y magnífica á fé mia.

J. MANUEL. ¡Oh! ¡si es en la poesía
su alteza sobresaliente!

REY. No me nombreis.

J. MANUEL. Bien está.

JUAN. ¿Oyes? aquel caballero
es el de la...

ANDREA. ¡Majadero!
¿no callarás?

JUAN. Callo ya.

REY. Dos villanos miro alli.
Don Juan, vóime á entretener
con ellos un rato, á ver
qué dicen.—Venid aqui.
(*A Juan y Andrea.*)

JUAN. ¡Pues me gusta la llaneza!
Nos llaman... ¡Estoy asorto!

ANDREA. Que te ates la lengua corto,
no digas una simpleza.

REY. Siempre en este sitio os veo.

JUAN. ¡Pues ya...! como que vivimos
aqui, y en jamas salimos
de estos alreores.

REY. Lo creo.
¿Y en la corte alguna vez
habreis estado?

JUAN. No, y sí.

REY. ¿Cómo es eso?

JUAN. No, por mí,
y sí, por ella. (*Señalando á Andrea.*)

REY. Par diez
que la distincion me agrada.

¿Y nunca gana te dió
de ver la corte?

JUAN. ¿A mí? no.
Si yo no quiero ver nada.
Y la corte mucho menos.

REY. ¿Y por qué razon?

ANDREA. (*Bajo, tirándole del brazo.*) ¿Qué has dicho?

JUAN. Porque la corte es un bicho
que só se traga á los güenos.

REY. ¿Qué sabes tú, si jamas
la viste?

JUAN. Me lo ha contao
un primo que en ella ha estao.

ANDREA. (*Bajo á Juan.*)
Pero hombre, ¿no callarás?

REY. Hay palacios, cuyos dueños
son grandes que no hay aqui.

JUAN. Pues si los grandes alli
dicen que son mú pequeños.

REY. Son señores poderosos
que ostentan ricos bordados
de oro y seda; y van rodeados
de escuderos numerosos.

JUAN. ¡Ya se ve! no hay quien los robe,
y asi ná les viene angosto,
porque ellos hacen su agosto
con los sudores del probe.
Sin tener en cuenta ná
ellos derrochan á astajo.
¡Si les costara el trabajo
de ganarlo como acá!
En fiestas y comilonas
suelen gastar en un dia
lo que un año bastaria
á mantener mil presonas.
Y esta es cuenta que no marra:
se ivierten que se las pelan,
ni con el frio se yelan,
ni el calor los achicharra.
Se duermen á pierna suelta
tumbaos á la bartola,
y aunque el mundo es una bola

yo no veo que da la güelta.
Pa mí es el mesmo; ¡y cuidiao!
no sé cómo me compongo;
trabajo, y só como el hongo
siempre á la tierra pegao.
Y ellos... ya... ya: ¡voto á san...!
sin trabajar ni aun un dia:
esto es una picardía,
siendo tós hijos de Adan.

REY. Me divierte. (*Bajo.*)

J. MANUEL. (*Idem.*) Es malicioso.

FILIB. Mas bien necio. (*Idem.*)

JUAN. ¿Conoceis
al rey?

REY. Un poco.

J. MANUEL. ¿Quereis
verle vos?

JUAN. No soy curioso.
Me han dicho que es un señor
que mejor la cara tiene
que los hechos.

REY. (*Con enojo.*) ¿Quién? (Conviene
disimular.)

ANDREA. (*Bajo, tirándole.*) ¡Hablador!

REY. ¿Eso te han dicho?

JUAN. Sí tal.

FILIB. Pues te han mentido, villano,
que es el mejor soberano
de la tierra.

JUAN. Pues igual
me han dicho que dicen á él
los que se hallan á su lao,
y le tienen engañao
un flamenco y un Manuel.

FILIB. ¡Miserable!

JUAN. No se enrite.

ANDREA. ¿Lo has visto, Juan? (*Bajo.*)

JUAN. Si se enfada...

REY. (*Con sonrisa irónica.*)
No, sigue: oirle me agrada.

J. MANUEL. (Quiere tomarse el desquite.)

REY. ¿Con que de don Juan Manuel

y un flamenco asi te hablaron?

JUAN. Lo mesmo que me contaron
os digo: só yo mú fiel.
Y eso no me admira á mí.
Como el rey es un señor
que pue hacer mucho favor,
le adulan, y vela ahí.
No le dicen la verdá,
porque si el rey la supiera
á su lao no los tuviera,
y ellos quieren... claro está.
Que asi medran bien se ve,
los probes sufren y pagan,
ellos su sudor se tragan,
y el que venga atrás que arrée.

FILIB. (*Bajo.*) ¿Oís, don Juan?

J. MANUEL. (*Id.*) No hagais caso.
Es un rústico.

FILIB. (*Id.*) Sí, pero...
es demasiado altanero.

REY. (*A don Filiberto con malicia.*)
Es divertido.

FILIB. (Me abraso.)

REY. Y segun eso, hay quien crea
que el rey ignora quizás...

JUAN. ¡Pues no! ¡Si el rey no ve mas
que lo que quieren que vea!

REY. Con que es decir que en su nombre...

JUAN. Reinan otros.

REY. Ya... adivino.

JUAN. Y le engañan como á un chino.

REY. ¿Al rey?

JUAN. ¿Por qué no, si es hombre?

REY. Yo creí que no era igual
á los demas.

JUAN. ¡Bah! ¡Friolera!
si es de la misma madera
que vos y yo.

FILIB. Dices mal.

REY. Dejadle: ¿te agradaria
servir en palacio?

JUAN. ¡Yo!

No soy ambicioso.

REY. ¿No?

JUAN. Tengo mú rara manía.
No quieo ver á cortesanos,
porque es gente sengular;
se quisieran devorar
cuando mas se dan las manos.
Y entre unas caras tan raras
yo distinguir no supiera
la falsa y la verdadera;
¡como tienen tantas caras!

REY. (Voy á ver mi amor.) Don Juan,
mandad que esté prevenida
la litera.

J. MANUEL. Iré en seguida.

REY. (Malicia tiene el patan.)

(*Entra en la quinta. Don Juan Manuel se va por el fondo.*)

ESCENA III.

DON FILIBERTO. JUAN. ANDREA.

FILIB. ¡Villano! te he de cortar
la lengua, porque atrevido
á sugetos tan ilustres
calumnió tu labio impío.
¿Qué entiendes tú, miserable,
si de un bosque no has salido,
de lo que pasa en las cortes?
¡De tu malicia el castigo
sufrirás, viven los cielos!

JUAN. ¿Pues qué hice yo, ni qué he dicho?
Yo só un probe patan,
y si hablé...

FILIB. Por eso mismo,
por hablar lo que no debes
ultrajando á los ministros
del rey.

ANDREA. (*Bajo.*) ¡No te lo decia!
tu lengua nos ha perdido.

JUAN. Yo... señor... pues... como inora
uno si acierta...

ANDREA. (*Pellizcándole.*) ¡Maldito!
JUAN. Y á la postre lo que dije
no debe haber ofendío
ni á vos, ni á naide; si es cierto
todo ello, ¿por qué motivo...
FILIB. ¡Insolente! ¿aun te atreves...
ANDREA. (Este hombre se ha decidío
á perdernos.) Calla, pícaro. (*Le pellizca.*)
JUAN. (Estate quieta.) ¡Háse visto
mayor arbotrariedá!
pues yo no sé á quién he oido
que por decir las verdaes
á naide se mata: ¡digo!
Y esto está puesto en razon,
porque no es nengun delito...
ANDREA. (¡Hay hombre mas hablador!)
FILIB. ¡Infame!
(*Quiere pegarle, y Andrea se coloca entre los dos.*)
ANDREA. Señor, os pido
le perdoneis, pues no sabe
lo que se habla; en estos riscos,
en nuestras toscas faenas
ocupados, no inquirimos
lo que pasa en los palacios.
FILIB. ¡Donosa aldeana! ¡Lindo
talle! es lástima se pierdan
tus encantos peregrinos
entre salvages.
JUAN. Por fiera
me toma: ¡vaya un capricho!
FILIB. Las gracias que te embellecen
adquirieran mayor brillo
en la corte: debes ir
á ella.
ANDREA. ¡Si mi marío
en jamas quiere llevarme!
¡Es tan celoso!
FILIB. ¡Qué he oido!
¡Y te cela ese avestruz...!
JUAN. ¡Vaya! que el señor es fino.
ANDREA. (Voy hacer rabiar á Juan.)
JUAN. (¡Calla! y hablan secreticos...)

¡Andrea! (*Tirándola del vestido.*)

ANDREA. Déjame en paz.

FILIB. Tus ojos me han seducido.

JUAN. ¡Ay! ¡que enamorica á Andrea!
¡Y ella le hace cara...!

ANDREA. (*Bajo.*) Os digo
que no jue por ofenderos.

FILIB. Son tantos tus atractivos,
que habiendo por él mediado
á perdonarle me obligo.
Permite beba la nieve
de esa mano.

JUAN. Me derrito.
¡Ay, qué sudores!

ANDREA. No tanto.

FILIB. ¿Pues no?

JUAN. Tengo escalos-frios.

FILIB. No seas esquiva, hermosa.

JUAN. Voy á dar un estallido.

FILIB. (Su marido está delante,
y por eso... ya adivino.)

JUAN. Me estan subiendo y bajando
unas cosas...

FILIB. Me retiro.
Ya nos veremos, hermosa;
á Dios, seductor hechizo. (*Vase.*)

ANDREA. Guarde el cielo á vuesarcé.

JUAN. Vaya con Dios... (Mal he dicho...
con mil diablos que le lleven.)

ESCENA IV.

JUAN. ANDREA.

JUAN. Oye. ¿Qué te habló al oido
el señor?

ANDREA. Si no jue ná.

JUAN. Cuidiao, Andrea.

ANDREA. Me dijo
só mú bonita.

JUAN. Arre allá.

ANDREA. ¿Qué es, Juan?

JUAN. Ná... me picó un bicho.
ANDREA. Ya sé yo qué bicho es ese.
JUAN. ¿Tú? Quiá.
ANDREA. Sí, le he conocío.
Es un bicho mú remalo.
JUAN. ¿De veras?
ANDREA. Como el mosquito
levanta ronchas, pero es
mucho peor... ¡bah! ¡Juanillo!
tú tienes celos, y esa es
la picadura...
JUAN. ¿Eh?
ANDREA. Lo dicho.
JUAN. Pue ser.
ANDREA. ¡Proe Juan! ¿no conoces
que tó jue una burla?
JUAN. Digo,
pues si te pidió de burlas
la mano, ¿qué hubiera sido
á haber llegado á las veras?
ANDREA. Calla, simplon.
JUAN. Te prohibo
que uses con naide esas burlas,
que no me gustan.
ANDREA. ¡Borrico!
¿No me darás un abrazo?
JUAN. Eso es otra cosa; y cinco.

ESCENA V.

DICHOS. ESPOLETA.

ESPOL. Esta ha de ser la cabaña.
¡Por vida del antecristo!
¡Tambien andan en los bosques
abrazándose...! ¡malditos!
¿No teneis otro lugar
mas á propósito... el sitio
por San Telmo es reservado.
ANDREA. ¡Toma! ¡Si él es mi marío!
JUAN. Y ella mi muger.
ESPOL. ¡Qué importa!

Miren... ¡estamos lucidos!
Con que viene uno rompiéndose
el alma por esos riscos
á ver... ¡nada...! para que
se le alarguen los colmillos.
Ni en Flandes, ni en toda Italia,
en igual lance me he visto
desde que soy capitan,
y ahora... ¡voto á San Crispo!

JUAN. Se enfada por unas cosas
el capitan, que no atino...
al fin y al cabo, si es mia
la propiedá...

ESPOL. Cierre el pico,
ó si no voto á San... vamos,
¿no habrá en la cabaña un sitio
en que puedan descansar
unas damas?

ANDREA. Sí, de fijo.
Hay un cuarto mú capaz...
sí señor, sereis servío,
que voluntad no nos falta
aunque semos campesinos.

ESPOL. Gracias, amable aldeana.
Ya llegan.

ANDREA. Juan, al avío.

(*Juan y Andrea entran en la cabaña.*)

ESCENA VI.

LA REINA *y* LEONOR, *en trage de camino, y* ESPOLETA.

REINA. Aunque es corta la jornada
mucho me alegro encontrar
donde pueda descansar,
porque vengo fatigada.
¿Capitan?

ESPOL. Venid, señora.
Rústica la morada es,
si aquella...
(*Señalando la de enfrente.*)

REINA. ¿Qué importa, pues,

para descansar ahora?
Su aspecto humilde me agrada
mas que el de la otra que miro:
vivirá en este retiro
familia pobre y honrada.
¡Ay, Leonor! ¡con qué impaciencia
anhelo ver á mi esposo!
Ni un instante de reposo
el alma gozó en su ausencia.
Mucho por él he sufrido
en Mucientes retirada;
sin ver su imagen amada
un siglo me ha parecido.
Y aunque siento su desden
no culpo á Felipe, no;
aun me amara, cual me amó,
si le aconsejasen bien.

LEONOR. Tan triste idea es preciso
que desecheis.

ESPOL. Dispensad,
señora, la libertad
del vasallo mas sumiso.
Vos padeceis, y me enfada,
teniendo gente por vos
capaz de hacer... ¡voto á brios!
cualquiera barrabasada.
Una palabra decid,
y basta y sobra por cierto
para que toquen á muerto
y se hunda Valladolid.
Teneis fieles servidores
que su sangre verterán
por vos, y añicos harán
á consejeros traidores.
La reina sois de Castilla,
y otros gobiernan por vos:
arrojemos ¡vive Dios!
á esa avarienta cuadrilla.
¡Son flamencos, y aqui vienen...!
¡voto á san... me ahoga la hiel...!
¡á ellos...! nada de cuartel,
y como arpa vieja truenen.

REINA. Jamas: siempre he repugnado
encender la civil guerra.

ESPOL. ¡Y dominan esta tierra
como pais conquistado!
¡Y en la vaina mi tizona
ha de dormir! ¡ay! ¡me quemo!
con ella á ninguno temo
de aquesa turba follona.
No en vano tajos, reveses,
mandobles y cuchilladas
diera en las guerras pasadas
de Flandes á los franceses.
¿Y ociosa hoy... con ellos cierro,
nada, no hay que darle vueltas,
lengua muda y manos sueltas,
cuchillada y tente perro.

REINA. Gracias: siempre leal te vi,
mas la lucha no me toca
provocar.

ESPOL. ¿Sí? Punto en boca.
¿No os toca á vos? A mí sí.
Aunque no tenga mucho arte
para intrigar... yo obraré,
y que se marchen haré
con la música á otra parte.
Y es que les vendrá muy ancho
volverse uno de otro en pós
á Flandes... ¡Ira de Dios!
¡si se armase un zafarrancho!

REINA. Al escudero decid
que no les quite el arreo
á los caballos; deseo
ir pronto á Valladolid.

ESPOL. ¡Estoy echando centellas...!
¡Oh! ¡de España han de salir;
y si no... van á subir
mas alto que las estrellas!

ESCENA VII.

LA REINA. LEONOR. ANDREA. *Despues* JUAN.

ANDREA. Cuando gusteis... ¡Cielos Santo!

¡La reina!

REINA. ¡Qué veo! Andrea,
¿tú vives en esta aldea?

ARDREA. Há un año pa el jueves santo.
Vaya... me casé... y dempues
como se jue vuesa alteza
á casar ó...

REINA. ¡Qué simpleza!

ANDREA. Se me quitó el interes
de cuidiar plantas y flores
del jardin de palacio, y
con mi marío vine aqui
á ser vuesos serviores.

REINA. Me alegro haberte encontrado,
y si quisieras volver
á palacio...

ANDREA. Bien pue ser.
Mira, Juan, quién ha llegado.
(*Sale Juan.*)
Es la reina.

JUAN. (*Aturdido y haciendo muchas cortesías.*)
¡Uf...! Besoos...
(*A Andrea.*)
(No sé qué la he de besar.)

ANDREA. (¡Qué bestia!)

REINA. Podeis contar
con mi proteccion los dos.

JUAN. Mil gracias, señora.

REINA. Creo
que hay algunos cazadores
por estos alrededores.

JUAN. (*Con malicia.*)
Sí, cazaores... al ojeo.
Caza femenil mayor
van buscando.

REINA. ¿Qué?

ANDREA. Decia
que han venío ahi... (¡qué manía
de este maldito hablador!)
con que si quié vuesa alteza
descansar...

REINA. Sí, que al momento

tengo que partir.

ANDREA. Lo siento;
mas perdone la proeza.

(*La reina y Leonor entran en la cabaña, y Juan detiene á Andrea.*)

JUAN. Oye : tú la pues pedir
me haga guarda bosco.

ANDREA. ¡Toma!
¡tú un destino! ¡quiá! (*Burlándose.*)

JUAN. Jue groma.

ANDREA. ¿Tú ambicioso?

JUAN. Es al decir.
¡Gran ambicion, voto á Crispo!
Si otro en su casa tuviera
á la reina, la pidiera
que le nombrase arzobispo.
(*Entran en la cabaña.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN MANUEL. DON FILIBERTO.

FILIB. Pues ya las órdenes dimos,
y la litera han dispuesto,
y solos, don Juan, estamos,
importa mucho tratemos
lo que á nuestros intereses
cumple.

J. MANUEL. Decid, Filiberto.
Y bien sabeis que conmigo
hablar podeis sin misterio.

FILIB. Mañana en Valladolid
los diputados del reino
se reunen para acordar
en las cortes...

J. MANUEL. Os comprendo.
¿Temeis que los partidarios
de doña Juana, creyendo
que goza de cabal juicio
la reina, nuestros proyectos
destruyan?

FILIB. Don Juan Manuel,

lo mismo que decís temo.
Visto habeis la obstinacion
con que algunos se han opuesto
á declarar á Felipe
de Castilla único dueño,
alegando que es su esposa
la reina, y que el testamento
de doña Isabel, su madre,
ordenó que del gobierno
se encargase don Fernando
por cualquier impedimento
de doña Juana.-

J. MANUEL. Por poco
perdeis el ánimo; veo
que os arredran los obstáculos
mas leves; si ese defecto
me alcanzara, vive Dios
que estaríais hace tiempo
de vuelta en Flandes; porque
á don Fernando no creo
que aqui hubierais aguardado
para recibir el premio
de los servicios que habeis
prestado contra él.

FILIB. No niego
que á vos se debió sin duda
el que abandonase el reino
don Fernando, y mientras siga
vuestros prudentes consejos
don Felipe... ¡Oh! el rey fia mucho
en vuestro juicio y talento.

J. MANUEL. No tanto: mas si me faltan
brillantes dotes de ingenio,
el pararse en la mitad
del camino, sé que es yerro
en política muy grave,
y por esta razon, lejos
de desmayar como vos
sigo adelante en mi empeño,
sin que escollos me detengan,
aunque evito los tropiezos,
y si alguna vez me paro

es... para tomar aliento.
Creedme vos: con constancia
se alcanza todo; hasta el cielo.

FILIB. Vuestra discrecion me inspira
confianza, lo confieso;
pero como es necesario
para que gobierne el reino
don Felipe, que las cortes
se quieran prestar á ello,
porque trastornado el juicio
de la reina, no hallo medio
mas conveniente, con todo,
dispensadme si aun conservo
el temor de que se opongan
á que reine un estrangero.

J. MANUEL. ¡Qué poco entendeis el arte
de gobernar! Me sorprendo
de que un hombre como vos
ignore los elementos
con que el poder siempre cuenta
para lograr sus deseos.

FILIB. ¡Oh! mas con los diputados...
representan á los pueblos,
y asi ninguna influencia
podeis ejercer en ellos.

J. MANUEL. Sí; pero muchos, amigo,
los intereses agenos
no saben representar,
sino los suyos; por eso
como los gobiernos pueden
disponer de los empleos,
los títulos, los honores,
y tanto deslumbran estos
que á su mágica influencia
resistir saben los menos...
Y á veces no es necesario
de tan poderosos medios
valerse, que una mirada,
un halago del gobierno
basta para convertir
en humildes los soberbios.
¡Oh! el poder es gran cosa

cuando se sabe ejercerlo.

FILIB. No me ha parecido mal.
¡Si esto lo viesen los pueblos!

J. MANUEL. ¡El pueblo! Desengañaos,
siempre sirve de instrumento
á los que á medrar aspiran:
todos le engañan fingiendo
que por su bien se desvelan;
es un andamio dispuesto
para elevarse sobre él,
y despues se le echa al suelo.

FILIB. Es verdad; pero entre todos
los diputados sospecho
que algunos se han de oponer
á nuestro plan; por ejemplo,
don Pedro Lopez Padilla.

J. MANUEL. Que es temible considero,
Padilla, y su corazon
es independiente y recto,
pero si no le ganamos
sabremos de él deshacernos.

FILIB. Bien; y hablando de otra cosa,
¿sabeis si cobraré presto
el anticipo que le hice
para sus gastos secretos
á don Felipe?

J. MANUEL. Es muy justo,
y cobrareis al momento.
Siempre con vos generoso
fue su alteza.

FILIB. No lo niego.

J. MANUEL. Os acaba de nombrar
de palacio tesorero.
Le habeis prestado otras veces
gruesas sumas, y lo menos
que ganásteis al cobrarlas
ha sido el... treinta por ciento.

FILIB. No tanto; y aunque asi fuera,
ye veis... como que no empleo
ese capital...

J. MANUEL. Ya.

FILIB. Es claro.

Alguna ganancia debo
tener; módica, eso sí;
un treinta no es mucho.

J. MANUEL. Cierto.
Y tambien en las contratas
soleis ganar...

FILIB. Algo, pero
no mucho.

J. MANUEL. El duplo.

FILIB. Asi, asi,
poco mas ó poco menos;
pero el rey sale: ¿os parece
que en coloquio le dejemos
con mi sobrina?

J. MANUEL. ¿Supongo
que es ya nuestra?

FILIB. Por supuesto.
Está enterada de todo,
y por ella lograremos
del rey cuanto apetezcamos.

J. MANUEL. ¿Por la ventura del reino?

FILIB. ¡Oh! se entiende. (Por la tuya.
Jamas traté á un consejero
mas hipócrita.)

J. MANUEL. (Jamas
he visto á un hombre mas necio.)

FILIB. Vamos, don Juan: el poder
que hoy ejerceis será eterno.

J. MANUEL. Vos, Filiberto, contad
con agenciar un empréstito.

ESCENA IX.

DOÑA MARGARITA *y* EL REY, *en el jardin de la quinta.*

MARG. ¿Al fin, señor, la luz de vuestros ojos
á vuestra esclava concedeis un dia?

REY. ¿Me miras, Margarita, con enojos,
cuando el dueño eres tú del alma mia?
¿Qué quieres, qué te falta, qué deseas?
¿No te rendí mi amor y poderío?
¿No he postrado á tus plantas mi corona?

¿No mandas por entero en mi albedrío?
Si mas tu corazon aun ambiciona,
si apeteces honores, siervos, oro,
cuanto anheles tendrás; una palabra
á tus plantas brotar hará un tesoro
de riquezas sin fin, y de rodillas
te servirán sumisos mil esclavos
que ejecuten tus órdenes cual leyes;
nada habrá que se oponga á tus deseos;
tú la reina serás, reina de reyes.

MARG. Os escucho, Felipe, y no comprendo
cómo fingir sabeis de tal manera
una pasion volcánica mintiendo,
cuando de amor la inestinguible hoguera
tan solo en mi alma el tiempo la eterniza,
y graba con carácteres de fuego,
porque la vuestra convirtió en ceniza
el tiempo destructor. ¡Quién me diria
cuando allá en Flandes, de dolor agena,
escuchaba los tiernos juramentos
de una voz de sirena,
se trocaran tan mágicos momentos
en llanto amargo y en amarga pena!
¡Y quién ¡ay! me diria
que fueran vuestras bodas
tristes exequias de la dicha mia!
Me mandásteis venir; pluguiera al cielo
que antes de obedecer vuestro mandato,
antes de abandonar mi patrio suelo
hubiera sucumbido, y no fuera ahora
testigo del oprobio y de la afrenta
que roe el corazon y le devora,
mi sangre enciende y mi dolor aumenta.

REY. Injusta eres; no acierto qué motivo
asi te obliga á hablar: en qué te agravio,
si el corazon cautivo
de tus gracias y encantos seductores
solo anhela resbale de tu labio
una palabra: ¿y qué no haré yo, hermosa,
si me lo pides tú, cuyos amores
son de mi vida el áura deliciosa?
Esa palabra di, porque enojarte

es mi tormento, mi temor perderte,
mi gloria verte, mi esperanza hablarte,
mi mas dulce ilusion obedecerte,
mi dicha oirte, mi delirio amarte,
tu amor mi vida, tu desden mi muerte.

MARG. En vano protestais vuestro cariño,
mientras lejos de vos, mi vida obscura
se desliza en un árido desierto,
sin que goce la mágica ventura
que mi mente soñó, creyendo ufana
que al llegar á la corte de Castilla,
de la pompa y grandeza soberana
que en el palacio de un monarca brilla
me viera rodeada; al pecho mio
la soledad hastía, en ella siente
el alma hondo vacío:
ni el plácido murmullo de la fuente,
ni el aroma suavísimo que exhalan
los bosques, y las selvas y las flores,
ni el blando suspirar del áura fria,
ni el trino de pintados ruiseñores
halagan á mi ardiente fantasía.
Crece mi pena cuando el alba hermosa
con su luz baña desde el alto monte
á la humilde pradera;
crece mi pena cuando misteriosa
perdiéndose en el cóncavo horizonte
del sol se apaga la rojiza hoguera.
Crece mi pena y mi delirio crece
cuando pienso que vivo retirada
de vuestra corte porque reina en ella
una muger dichosa y adorada;
una muger mecida en regia cuna.
¡Qué importa! ilustre fue tambien la mia,
y altivo concedióme la fortuna
un corazon que al suyo desafia.

REY. Te quejas sin razon: dices que adora
á esa muger que el vulgo reina aclama,
porque ostenta en su sien corona de oro,
y la reina eres tú: tú, á quien mas ama
mi tierno corazon. Esa infelice
en el castillo de Mucientes llora

de su razon el estravío. (Acaso
si conservara el juicio todavía
á su amor inconstante no sería.)
¡Pero ay! ¡En vano reina se apellida!
¡Inútil nombre! solo le han quedado
de su poder recuerdos. Venir quieres
á la corte, vendrás; una litera
prevenida he traido,
pues antes que tu anhelo conociera
á la corte llevarte he pretendido.
Perlas, diamantes, y las ricas galas
nuevo esplendor darán á tu belleza,
y al deslizarte por las regias salas
inclinarán las damas su cabeza.
Tus gracias envidiando y mi ventura,
contigo no habrá nadie que compita,
pues reina de poder y de hermosura,
será el sol de mi corte Margarita.
Y si estender de tu ambicion el vuelo
quieres aun, y no te satisface
la pompa de un monarca de Castilla,
armaré mis bajeles volares,
é hiriendo el lomo de encrespados mares,
imperios conquistar sabré mayores
al compas de las trompas militares.
Domaré la victoria y el destino,
porque sabré para lograr mi anhelo,
si se enfurece el golfo cristalino,
sobre sus olas escalar el cielo.

MARG. Gracias, Felipe, gracias. ¿A la corte
al fin me llevas?

REY. Partiremos pronto.

MARG. (¡Eterno Dios! de mi ambicion fue norte:
ya logré mis deseos.)

REY. Ven, hermosa,
y disponte á partir, á ser en breve
de mi corte la joya mas preciosa.
(*Vanse.*)

ESCENA X.

LA REINA *y* LEONOR, *saliendo de la cabaña. Despues* JUAN *y* ANDREA.

REINA. Ya hemos descansado; ahora
á Valladolid partamos.
JUAN. Calla. (*Dentro, alto.*)
ANDREA. (*Idem.*) No quiero.
JUAN. (*Salen.*) ¿Empezamos?
REINA. ¿Qué pasa?
JUAN. No es ná, señora.
ANDREA. Decid que sí.
REINA. ¿Habeis reñido?
ANDREA. No, pero...
JUAN. Jue poca cosa.
Mi muger, que es caprichosa.
ANDREA. Y celoso mi marío.
JUAN. Y tengo razon.
ANDREA. No tal.
REINA. Solo hable uno. ¿Qué ocurrió?
ANDREA. Os lo esplicaré.
JUAN. No, yo.
ANDREA. (*Bajo, pellizcándole.*)
No lo permito, animal.
JUAN. Las manos cortas.
ANDREA. ¡Tirano!
JUAN. Pues me toca hablar á mí,
que eres la vasalla aqui, (*Idem.*)
y yo soy el soberano.
(*A la reina.*)
En ir mi muger se empeña
á la corte.
REINA. ¿Y qué importa eso?
JUAN. Es que el raton busca el queso.
ANDREA. Calla, maldita cigüeña. (*Bajo.*)
JUAN. No quiero callar. Yo he visto
que á mi muger requebraba
tó un caballero que acaba
de venir, ¡y vive Cristo!
que como es un cazaor
la pue cazar.

ANDREA. ¡Embustero!
JUAN. Y como otro caballero
viene con él...
ANDREA. ¡Hablador!
JUAN. ¡Y el tal sin duda ha de ser
gran personage!
REINA. (*Con intencion.*) ¿Han llegado
de la corte?
JUAN. ¡Pues! cansado
estoy, señora, de ver
que sin venir ni aun un dia
pasa...
ANDREA. (*Bajo.*) ¡Que no te contengas!
JUAN. Como dicen malas lenguas
que guarda ahí á su quería...
REINA. (¿Quién será?)

ESCENA XI.

DICHOS. ESPOLETA.

ESPOL. (*Bajo á la reina.*) El rey, señora,
aqui se encuentra.
REINA. ¡Dios mio!
ESPOL. Y ese pícaro judío
flamenco.
REINA. (*Pensativa.*) (Sospecho ahora...
¡Cielos!)
ESPOL. Con don Juan Manuel
he visto á este, aunque ellos no
me vieron.
REY. Filiberto. (*Dentro, llamando.*)
REINA. ¡Qué oigo! ¡es él!
(*A Leonor y al capitan.*)
Venid conmigo, y callad. (*A los aldeanos.*)
Apurar el caliz quiero
de mi desventura. Hoy muero
si toco la realidad.

(*La reina, Leonor y Espoleta entran en la cabaña, quedando aquella en el dintel de modo que observe todas las acciones del rey, sin que este la vea.*)

ESCENA XII.

EL REY, *saliendo de la quinta por el fondo.* DON JUAN MANUEL. FILIBERTO. UN CAPITAN. GUARDIAS.

REY. (*Besando un anillo que despues coloca en su dedo.*)
Prenda hermosa de mi amor,
no te apartarás de mí.
REINA. (¡Qué veo! ¡un anillo! sí,
de ella... ¡me mata el dolor!)
REY. Con los respetos mayores
(*Al capitan, señalando por donde debe salir Margarita.*)
acompañad á esa dama
á palacio.
REINA. (¡Ah! ¡Él la ama!)
REY. A Valladolid, señores.
(*Todos le siguen.*)

ESCENA XIII.

LA REINA. LEONOR. ESPOLETA. JUAN. ANDREA.

REINA. Ciertas mis sospechas fueron.
¡Aqui Felipe, Dios mio!
¡á ella amor! ¡á mí desvío...!
mis esperanzas murieron.
¡Y me engañaba! ¡traidor!
Todos me venden...
LEONOR. Señora...
REINA. ¿Eres tú? ¡Aparta, traidora!
Mas no, perdona, Leonor.
LEONOR. ¡Cielos!
JUAN. (*Bajo á Andrea.*) ¿Si será verdad
que está loca?
ANDREA. (*Bajo á Juan.*) Calla, necio.
JUAN. Callo, cuerda.
REINA. Te desprecio,
vil seductora.
ESPOL. Escuchad.
REINA. ¿Por ella abogas tambien?
¡Por mi rival!

JUAN. (*Bajo á Andrea.*) No decia...
¡pues no dió en mala manía!
REINA. Mas vengaré su desden.
ANDREA. (*Bajo á Juan.*)
¡Esto haceis los hombres!
JUAN. (*Bajo á Andrea.*)
No: que esto lo haceis las mugeres.
ESPOL. (*Bajo á Juan.*)
¡Voto á...! calla si pudieres,
ó que calles te haré yo.

ESCENA XIV.

DICHOS. EL CAPITAN.

(*Varios guardias conducen una litera. El capitan se dirige á la quinta.*)

CAP. (*Desde la puerta.*)
Venid, señora, que ya
la litera os he traido.
REINA. ¡No es ilusion lo que he oido!
van á llevársela... ¡ah!
CAP. (*Viéndola.*)
(¡Santo cielo! ¡la reina aqui!) Señora...
REINA. ¿Quién sois vos? ya recuerdo: ¿os han mandado
una dama á la corte llevar ahora?
y esa dama soy yo.
CAP. ¡Vos! permitidme...
REINA. Obedece: tu reina te lo manda.
CAP. Pero si el rey...
ESPOL. ¡Os resistís...! ¡pues voto
al diablo que aqui mismo os acogoto!

ESCENA XV.

DICHOS. MARGARITA, *ricamente vestida, se dirige á entrar en la litera: los guardias estarán colocados en dos filas.*

MARG. Vamos.
ANDREA. (*Bajo á Juan.*)
Chasco se lleva.

JUAN. (*Bajo á Andrea.*)
¡Proecilla!

ANDREA. (*Id.*) ¡Pícaro!

REINA. ¡Es ella! ocultaré mi enojo.

(*Al ir á entrar Margarita en la litera, la reina se interpone con rapidez y la aparta.*)

¡Atrás! ¡paso á la reina de Castilla!

(*Cruza con dignidad por medio de los guardias, que la miran con respeto y asombro; entra en la litera, al mismo tiempo que Margarita retrocede pintándose en su rostro el despecho y la indignacion.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Cámara del palacio en Valladolid. Al fondo una gran puerta que se abrirá á su tiempo, dejando ver el magnífico salon de embajadores. Puertas laterales y una celosía á la derecha. Una mesa con recado de escribir. En las sillas y tapete el escudo de Castilla y las armas de Austria.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN MANUEL. DON FILIBERTO. EL CONDE DE UREÑA. VARIOS CORTESANOS.

FILIB. Don Juan Manuel, ¿esperais
que al fin las cortes se avengan!

J. MANUEL. Jamas, señores, respondo
de voluntades agenas;
pero cuento con la mia
de reducirlos. Se emplea
con los unos la lisonja,
con los otros la franqueza;
se halaga la vanidad
de los pobres, la soberbia
de los vanos, y no hay duda,
con esperanzas y ofertas
las dos partes del congreso,
cuando menos, serán nuestras.

CORT. 2.° ¿Y volverán á afirmar
la locura de la reina?

J. MANUEL. Si lo dijeron en Toro,

decirlo ahora será fuerza.
Que esta es una gran ventaja
de todo el que aqui gobierna,
que antes que decir «lo erramos,»
dejan que el pais se pierda.

CORT. 1.° (Este hombre sabe demas
para ministro. Quisiera
hombres de mas corazon,
aunque de menos cabeza.)
(*Sale el conde de Ureña.*)

J. MANUEL. Señor conde, bien venido.

CONDE. Amigos... ¿sabeis las nuevas?

CORT. 2.° ¿De doña Juana?

CORT. 1.° ¿Del rey?

FILIB. ¿Algun nuevo empeño afecta
al Estado? ¿Hay contratistas
que mejoren mis propuestas?
(¿Señor don Juan?) (*A don Juan Manuel.*)

J. MANUEL. (*A don Filiberto.*) (Filiberto,
estais forjando quimeras.
Vos sereis, estad seguro,
el que la armada provea
de bastimentos.)

FILIB. (Ya, pero...
aun no está la firma puesta.)

J. MANUEL. (¡Mi palabra...! y la del rey.)

FILIB. ¿Las palabras...? no es que crea;
pero si se falta á tantas,
¡qué palabras harán fuerza!
Y como todo está en vilo
en épocas de revueltas...

J. MANUEL. ¡Si el trono al fin se desploma,
habreis de tener paciencia!
Vos perdeis unos ducados,
y yo arriesgo la cabeza.

FILIB. Ya, pero esa no es razon.

J. MANUEL. Ni tampoco es razon esa
para que insistais mas tiempo.
¿Para ganar, quién no arriesga?

FILIB. Nosotros...

J. MANUEL. Y la ganancia
no es de perder: ¡un ochenta!

CORT. 1.° (*Al conde.*) ¿No veis cómo se lo charlan?
CONDE. (*Id.*) Es de potencia á potencia;
el dinero y el poder
son dos palancas tremendas
para desquiciar Estados.
CORT. 2.° Eso es, cuando mal se emplean.
CONDE. ¡Este avaro, este usurero!
nuestra nacion está en venta,
y ni á pública subasta,
quien mas da ese se la lleva,
sino que en todo el favor...
CORT. 1.° Mucho en la balanza pesa.
Es tio de Margarita,
á quien el rey tanto aprecia
que no pierdo la esperanza
de que la veamos reina,
y de que España se llame
una provincia flamenca.
CORT. 2.° Por eso á los estrangeros
es fuerza servir.
CORT. 1.° Se medra.
CORT. 2.° Si los propios nos olvidan,
la gratitud nos ordena
el irnos con los estraños.
CONDE. (*Separándose de ellos.*)
¡Siempre al sol que mas calienta!
FILIB. Nos estan desmenuzando
con sus viperinas lenguas.
J. MANUEL. (Bien, dejadlos.) ¡Oh! buen conde.
¿Por la corte qué se cuenta?
CONDE. Don Gutierrez de Toledo,
el obispo de Plasencia,
ha muerto.
J. MANUEL. ¡Pobre!
FILIB. ¡A Dios gracias!
CORT. 1.° Vacante al de Veré queda.
CORT. 2.° (¡Cómo! ¿de obispo?)
CORT. 3.° ¿Y qué importa?
ya se le hallará dispensa.
FILIB. ¿Se sabe quién le reemplaza?
CORT. 1.° (No os lo digo; capaz fuera
de coger cogulla y mitra,

por la costumbre perversa
de atrapar.)

CONDE. Tambien se dice...

J. MANUEL. ¿Y es persona que merezca...

CONDE. Pues no, si el rey le nombró:
¿es nunca injusto su alteza?

J. MANUEL. Y ¿quién es el agraciado?
porque me causa sorpresa...

CONDE. ¿Ver que una vez obró el rey
sin que voluntad agena
le gobierne?

J. MANUEL. La mia solo,
señor conde, le aconseja.

CONDE. No os quise ofender... amigo...

CORT. 1.° Para el tonto que os creyera.
¿Se rien...? ahora calculan (*Observándoles.*)
cómo perderse. ¿Se aprietan
la mano? ya estan resueltos;
la ruina del uno es cierta.

CONDE. A don Gomez de Toledo
se ha nombrado: por sus prendas
y sus virtudes, bien digno
de distincion tan escelsa.

FILIB. Es muy vano para ser
buen pastor de sus ovejas.

CONDE. Eso no importa.

J. MANUEL. Mas conde,
es sectario de la reina.

CONDE. Eso le abona: que al fin,
doña Juana es la heredera
de Castilla, y por lo tanto,
de estos dominios la dueña.

J. MANUEL. Yo he jurado á don Felipe
por rey tambien de esta tierra:
y no está mal á Castilla
que se unan á su grandeza
Flandes, Brabante y Borgoña,
cuyos ducados sustenta.

CORT. 1.° Ademas á doña Juana
nuestras cortes la relevan
del trono, pues su razon
estraviada se encuentra.

CONDE. Eso es lo que dudan muchos.
J. MANUEL. Pues yo haré que se convenzan
que no sin causa en Mucientes
se la custodia y hospeda.
CONDE. Mejor direis se esclaviza
su hermosura prisionera.
J. MANUEL. Suspendamos, noble conde,
la comenzada reyerta,
que puede contra una dama
deslizárseme la lengua.
Fuera mancilla, en verdad,
y con todo, razon fuera
arrojar á los villanos
que al rey don Felipe afrentan
de mil traiciones fraguadas
las irrecusables pruebas;
y vos mismo, que mirais
por su causa tan de veras,
no sé yo lo que direis
el dia en que á vuestras puertas
don Fernando de Aragon
con desplegadas banderas
venga á talar nuestros campos
y á arrojarnos de ellos venga.
CONDE. ¡Es posible!
J. MANUEL. Y mas; es facil.
¡Doña Juana se lo ruega!
CONDE. ¡Quizá la aconsejen mal!
J. MANUEL. Es hija, y á un padre ruega.
De su esposo se desvía
por mil celosas sospechas,
que aun siendo seguridades,
razon de desden no fueran.

ESCENA II.

DICHOS. UN UGIER.

J. MANUEL. ¿Quién es?
UGIER. Don Pedro Padilla
pide para entrar licencia.

J. MANUEL. Al momento... (*Vase el ugier.*)
CONDE. El ciudadano
mas leal de Talavera.
J. MANUEL. Diputado que en las cortes
toda la atencion se lleva
por su honradez, su energía,
severidad y franqueza.
CORT. 1.° Es un terrible enemigo,
porque mil amigos cuenta.
CORT. 2.° De la reina es partidario.
FILIB. (*A don Juan Manuel.*)
No escaseeis las ofertas.
J. MANUEL. Corazones como el suyo
no creais que precio tengan.

ESCENA III.

DICHOS. DON PEDRO PADILLA.

J. MANUEL. Pasad, don Pedro Padilla.
PADILLA. Puesto que me dais licencia...
CONDE. Con vuestra noble presencia
honrada se ve hoy Castilla.
J. MANUEL. Es tan justa la opinion
que adquirísteis por España,
que á la verdad, no es estraña
hácia vos su inclinacion.
PADILLA. Si basta el servirla fiel
para alcanzar buen renombre,
¡no estraño yo que mi nombre
sea querido, don Manuel!
Que en las tierras de Castilla,
do abundan tantos traidores,
hallar buenos servidores
va causando maravilla.
FILIB. (¡Qué franqueza tan villana!)
CONDE. (¡Tomarse supo el desquite!)
J. MANUEL. (*Sonriéndose.*) Este, amigo, nos compite
en la ciencia cortesana.
PADILLA. El tiempo urge, don Manuel.
Graves negocios de Estado

el pais me ha encomendado
para el rey. Hablar con él
deseara en el momento.

J. MANUEL. Don Pedro, eso no sé yo
si será posible.

PADILLA. ¿No?
¿No da el rey recibimiento?

J. MANUEL. No, que no es hora de audiencia.

PADILLA. Si lo fuera, cosa es clara
que de vos no la rogara
teniendo yo la licencia.

CONDE. (Bien dicho.)

FILIB. (¡Qué estraño afan!)

J. MANUEL. Siento que el verle os importe;
pero si estais en la corte,
os convencereis que van
aqui las cosas despacio.

PADILLA. Pues pronta ha de ser la ley.

J. MANUEL. Esto aconsejan al rey
los estilos de palacio.

PADILLA. ¿Qué es antes, en conclusion,
dejar pase medio dia
en que salvarse podria
la suerte de una nacion,
ó atender á que la audiencia
comience en punto á las doce?

J. MANUEL. Don Pedro...

FILIB. Bien se conoce
que le falta la esperiencia...

PADILLA. Lo que me falta es aguante
para sufrir consejeros
que autoricen desafueros
con la etiqueta delante.
Para el que pide justicia
deben estar siempre abiertas
de los palacios las puertas,
¡cerradas á la codicia!
Y los que cercan al rey
debieran formar empeño
en despertarle aun del sueño
para administrar la ley.
Pues son cuidados prolijos

del rey que á un pueblo bien ame
oirle cuando le llame
con el amor que á sus hijos.

CONDE. (Conteneos.) (*Ap. á Padilla.*)

FILIB. Reparad...

PADILLA. Lo dicho, dicho.

J. MANUEL. Fiado
en que aqui sois diputado,
creeis con impunidad...

PADILLA. De ninguna necesito,
por que yo á nadie hago afrenta
en decir lo que se cuenta.
Y si el ser franco es delito
que se castiga en la corte,
¡castigadme, que era mengua
no hablar quien tuviese lengua
en lo que á su patria importe!

J. MANUEL. Es que haceis inculpacion
que aun llega á su magestad.

PADILLA. Respeto su dignidad,
mas defiendo á mi nacion.

J. MANUEL. La acusacion es terrible
que por vos se me fulmina:
¿tan cerca creeis la ruina
de España?

PADILLA. Sí: tan posible,
tan cerca, ¡porque no atienden
sus clamores repetidos!
¡Que no hay pueblos bien regidos
donde los cargos se venden?

J. MANUEL. ¿Cómo?

PADILLA. Los bienes de España,
creyéndose de mostrencos,
fiándose á los flamencos...
que son...

FILIB. ¿Qué son?

PADILLA. Gente estraña.

J. MANUEL. Y esa queja, caballero,
¿se dirige á mi persona?

PADILLA. Se dirige á quien abona
tanto y tanto desafuero.
Imposible que hasta el rey

llegue del pueblo la queja,
cuando impasible lo deja
sin que se cumpla la ley.
¡Imposible, no alucinen
los que á su alteza rodean
porque sus ojos no vean
y asi mas le descaminen!
En nombre de la nacion
cuyo destino sagrado
el defender he jurado
con todo mi corazon,
que luego os demandaré
la audiencia que me negais.

J. MANUEL. Si en las cortes me acusais
¡ante ellas responderé!

PADILLA. Cierto: aqui no es el lugar
de hacer cargos tan severos
á los altos consejeros
que nos quieren gobernar.
¡Media hora será pasada!

FILIB. ¿Y qué?

PADILLA. Bueno: ¡me da grima!
¡Tan poco el tiempo se estima!
¿Con que media hora no es nada?

J. MANUEL. Es media hora.

PADILLA. No se enoje.
Por apreciar un minuto,
¡muchas veces grande fruto
el que gobierna recoge!

J. MANUEL. Acepto de buena gana
vuestro gratuito consejo,
que no soy de los que dejo
las cosas para mañana.
¿Si antes de volver quereis
deje al rey significado
que Padilla el diputado
le buscó...

PADILLA. (*Al irse.*) Como gusteis.

J. MANUEL. ¿Mas sin saber la ocasion?

PADILLA. Decidle tan solamente
que el que le adula le miente,
que es infeliz mi nacion.

Que en bandos toda esta tierra
á combatir se prepara,
y que si al fin se declara
¡ será horrorosa la guerra!
Que la reina doña Juana,
hija de nuestra Isabel,
debe reunirse con él
y mandar cual soberana.
Que el vulgo todo murmura
de que se halle prisionera
su reina, única heredera;
y que es falsa su locura.
Por eso mi peticion,
don Manuel, se reducia
á que se mostrase hoy dia
doña Juana á esta reunion
de leales diputados,
¡ á salvarla decididos
defendiendo enardecidos
sus derechos usurpados!
Señores, hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* PADILLA.

FILIB. ¡ Qué natural tan salvage!
CONDE. ¡ Que nobleza!
FILIB. ¡ Qué lenguaje!
J. MANUEL. Es seco, pero honrado es.
CORT. 1.° Tan atrevido...
CORT. 2.° ¿ Podeis
hallarle escusa?
J. MANUEL. Le alabo,
porque al fin, él no es esclavo...
CORT. 1.° ¿ Nosotros...?
J. MANUEL. Lo pareceis.
Nada hallais que censurar;
todo en quien manda está bien.
Cuando estos hombres se ven
que se atreven á arrostrar

nuestro influjo y poderío
puede uno decir con fé:
¡al menos hoy me encontré
con un digno rival mio!
Con estos es grande gloria
el quedar por vencedores;
¡con siervos y aduladores
el triunfar nunca es victoria!
No es con vos. (*Al conde.*)

CONDE. Se advierte ruido.

J. MANUEL. El rey, señores.

CORT. 1.° Yo siento...

CORT. 2.° Y yo.

(*A don Juan Manuel manifestándose quejosos.*)

J. MANUEL. Para otro momento...

FILIB. Don Juan, me habeis ofendido.

J. MANUEL. Ya os daré satisfaccion.

CORT. 1.° Para ministro, en efecto
es harto agudo y discreto.

CONDE. Pero es de buen corazon.

(*Los cortesanos se retiran por la izquierda. Don Juan Manuel detiene á don Filiberto, y se acercan á recibir al rey á la puerta de la derecha.*)

J. MANUEL. (*Dándole la mano.*)
¿Cómo estamos, Filiberto?

FILIB. Como querais.

J. MANUEL. Pues amigos:
¿oro y poder enemigos?
No habrá en España concierto.

ESCENA V.

EL REY. DON JUAN MANUEL. DON FILIBERTO.

REY. ¡Buenos dias...!

FILIB. ¡Gran señor!

J. MANUEL. Su magestad nos permita...

REY. Creí escuchar... ¿Cómo es esto?
¿Aun no llegó Margarita?

J. MANUEL. Aun no tarda, á lo que creo,
pues á la granja hay tres millas.

FILIB. Transcurrió tan corto espacio...
REY. ¿Corto? Para el alma mia
siglos los instantes son,
¡mi dolor los eterniza!
Mas no me engañé, mirad.
(*Se asoma á la ventana.*)
J. MANUEL. Es la litera.
REY. Id á prisa,
y guiad los escuderos
para que aqui la dirijan.
(*Don Juan Manuel habla con un ugier desde la puerta.*)
J. MANUEL. Voy, señor.
REY. Tú, Filiberto,
entreten á tu sobrina
con pláticas agradables.
FILIB. Trataré de divertirla
en vuestra ausencia.
REY. Bien pronto...
J. MANUEL. (*Entrando.*)
Ya está en la estancia contigua.
REY. Corro al momento á aliñarme,
que no es razon que á su vista
su amante asi se presente,
que al fin es rey de Castilla;
y aunque el amor me disculpe,
lo hidalgo y cortés me obliga. (*Vase.*)
FILIB. La vanidad... es... mas bien.
J. MANUEL. ¿Ya la burlona sonrisa?
Vamos: esta coyuntura
se nos presenta propicia.
Haced que estos nombramientos
se los entregue ella misma,
pues sabeis que el rey otorga
cuanto ella le solicita.
FILIB. Cierto, y de paso pondrá
en mi contrata una firma.
J. MANUEL. Aqui llega.
FILIB. Vamos, pues.
J. MANUEL. Mucho anhelo esta entrevista.

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, *aparece cubierta con su manto, y seguida de* PAGES *y* ESCUDEROS *y de* ESPOLETA, *que camina á su lado: ambos entran por la puerta del fondo.* DON JUAN MANUEL *y* DON FILIBERTO *la hablan en voz baja y con interes al despedirse.*

J. MANUEL. Señora...
FILIB. Amable sobrina,
por nosotros en palacio
tienes entrada y estima;
en cambio favorecernos
en estos pliegos te digna,
influyendo ahora en que el rey
lo que va escrito suscriba.
(*Doña Juana rompe los papeles, y se descubre dejándolos aterrados.*)
¡Cómo!
J. MANUEL. ¡La reina!
REINA. (*Con magestad.*) Alejaos.
J. MANUEL. Señora...
REINA. ¡Hay quien me replica!
J. MANUEL. ¡Quedamos buenos!
(*Se retiran confundidos.*)
ESPOL. ¿Quereis
que aqui me los haga trizas?
REINA. Despreciadlos como yo.
ESPOL. ¡Pues voto al Cristo de Rivas...!
REINA. ¿Lo veis? ¡qué infeliz nací!
Todos contra mí conspiran.
¡Mi esposo! dejadme sola. (*Se oye ruido.*)
ESPOL. ¡Qué! ¡Si estoy echando chispas!
¡Asi mandan á los pueblos
con decretitos é intrigas!
(*Se retira, entornando la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

LA REINA.

Respira al fin, corazon.

Ya estás de tu rey delante.
¡Ay! ¡sí, de tu esposo amante
se confirma la traicion!
Ya veo que otra pasion
le esclaviza los sentidos,
y que los suyos perdidos
por esa noble hermosura,
¡culpan de estraña locura
mis celos mal reprimidos!
Filipo mio... mi bien,
luz celestial de mis ojos,
calma mis tristes enojos,
¡trueca en amor tu desden!
Dichoso á mis brazos ven,
como el dia en que á mis brazos
llamabas estrechos lazos,
en que el corazon gozaba
en ver cómo se dejaba
partir el alma en pedazos.
¡Dios mio...! ¡él viene! ¿qué haré?
¿si no se acuerda de mí?
Si su cariño perdí,
¿qué dicha conservaré?
¡A un claustro desterraré
mi malhadada hermosura,
y pasando por locura
el martirio de mis celos,
tan solo sabrán los cielos
mi amorosa desventura!
Mi rostro quiero ocultar
entre los pliegues del manto,
con eso podré mi llanto
mas copioso derramar.
Asi podré averiguar
con qué voces enamora
á esa dama á quien adora,
ó si sospeché mi daño
sin razon. ¡Del desengaño
¡ay! cuál terrible es la hora!

ESCENA VIII.

LA REINA. EL REY.

REY. ¡Margarita! ¡mis amores!
Por fin en palacio os veis,
y entre fieles servidores,
que os rendirán los honores
que por reina mereceis.
Por reina de la belleza,
y reina en mi corazon.
¿Suspirais? ¡Esa tristeza...!
¿Os encubrís? ¿Qué ocasion
os dí para esa aspereza?
Respondedme. ¿Me amais?

REINA. ¡Sí,
ingrato, sí! (*Se descubre.*)

REY. (*Ap.*) ¡Qué he escuchado!

REINA. Acércate mas á mí.

REY. (*Ap.*) ¡La reina...!

REINA. Señor...

REY. (*Ap.*) ¡Aqui!
¡Quién villano me ha engañado!

REINA. Nos engañan, sí, á los dos.
A mí porque me decian
que me amábais siempre vos.
¡Ay! ¡por el bien que me hacian
mi mal les perdone Dios!

REY. Señora... (¡Estraño martirio!
pálida está como el lirio;
otro amago de locura.)

REINA. ¿Y vos culpais mi ternura,
siendo el amor mi delirio?

REY. (Despues averiguaré
quién infame imaginó
este lance, ¡y vengaré...
Mas en fin, ahora ¿qué haré?
Consolarla debo yo.)
(*Se acerca, y se sienta junto á la reina.*)

REINA. Filipo, ¿me has olvidado?

REY. ¡No! (Y es verdad, no es mentirla.)

REINA. ¿Por qué entonces de tu lado

sin piedad me han desterrado?

REY. (*Ap.* Se parte el alma al oirla;
¡su ternura me interesa,
aunque mal la correspondo!)

REINA. Esposo, me tienen presa,
y tu voluntad no es esa.

REY. No en verdad: te lo respondo.

REINA. En una mansion sombría,
sin esperanza ninguna
de tu dulce compañía,
nacer miro el sol del dia
y morir la blanca luna.
¡Siempre tu nombre invocando,
siempre por tu amor gimiendo,
y á todos ¡ay! preguntando
si por estarte adorando
es por lo que estoy sufriendo!
¡Cuándo acabará esta vida!

REY. Pronto, muy pronto.

REINA. ¡Señor!
Tenme á tu lado, y rendida
como esclava envilecida
sabrá servirte mi amor.

REY. Por Dios, os pido no hableis
de esa manera quejosa.
Conmigo, sí, vivireis;
honra y grandezas tendreis,
como mi reina y mi esposa.

REINA. ¡Y amor, y amor!

REY. Sí, tambien.
(*Ap.* Me espanta su desvarío.)

REINA. ¡Ved cuál se abrasa mi sien!
¡Vuestro amor, Filipo mio,
ó que la muerte me den!
Vuestro amor, que es mi alegría
y mi halagüeña esperanza,
y el claro sol que me guia
por esta tierra sombría
á la Bienaventuranza.
¡Vuestro amor, que es mi placer,
mi venturoso delirio!
aunque me hace padecer

yo le bendigo, por ser
por vos mi grande martirio.
¡Ah! decidme que me amais.

REY. ¿Y porqué de ello dudais?
Mas ¡ah! de la audiencia es hora:
siento dejaros, señora.

(*Siente ruido en la cámara inmediata, y se levanta.*)

REINA. Dios haga que lo sintais.
¡Qué breves mis dichas son!
Cuando empezaba á escucharos
vuestra ingenua confesion...
Volved, que mi corazon
necesita perdonaros.
Quizá con el pensamiento
me ofendísteis: ¡quizá no!
¿fue un capricho de un momento?
fue una nube que arrastró
de mis amores el viento.
Soñé que á una noble dama...

REY. (*Ap.* ¡Qué recuerdo!)

REINA. Siendo vos...
conozco ahora que os infama
mi sospecha ruin.

REY. (*Ap.* ¡Ay Dios!)

REINA. Celosa es siempre quien ama.
Mas hoy me habeis repetido
que siempre os inspiro amor;
y aquel que noble ha nacido
su palabra no ha mentido
nunca: ¡y sois noble, señor!
A Dios... me voy confiada.

REY. (¡Qué suplicio!) Sí; hasta luego.
Y siento que la embajada
me estorbe...

REINA. A Dios; sin sosiego
te espera el alma angustiada.
Mi señor... mi esposo... ¡ved
que es un siglo cada instante,
Filipo mio!

REY. (*Ap.* ¡Otra vez!)

REINA. El alma te dejo amante. (*Vase.*)

REY. ¡Cielos! esa palidez

hoy es señal de locura,
y en otro tiempo dichoso
de enamorada ternura.
Mas ya ¿qué ha de amar tu esposo
en tí? ¡Oh Dios! ¡tu desventura!
(*Llamando.*)
¡Filiberto! ¡hola, don Juan!
¡Sepamos quién fue el infiel
que me vendió! ¡no vendrán!
¡mis enojos temerán!
¡Hola! ¡Vos, don Juan Manuel!

ESCENA IX.

EL REY. DON JUAN MANUEL.

(*Sale don Juan Manuel, y se inclina respetuosamente. El rey le levanta con agrado.*)

J. MANUEL. Sé, nos culpareis, señor.
REY. ¿Qué? ¿No ignorais el suceso?
J. MANUEL. Ninguno aqui fue traidor.
REY. ¿Y este engaño?
J. MANUEL. Es un error.
Sin culpa en él me confieso.
Pronto lo ha de declarar
una dama.
REY. (*Con interés.*) ¿Margarita?
J. MANUEL. Ahora acaba de llegar.
REY. Al momento hacedla entrar.
J. MANUEL. Ya voy.
(*Se acerca y da orden á un escudero.*)
REY. ¡Qué pesar me quita!

ESCENA X.

(*Doña Margarita sale por la puerta de la derecha. Don Juan Manuel se retira.*)

EL REY. MARGARITA.

REY. ¿Vos aqui, Margarita?

MARG. ¿Qué? ¿os admira?
REY. Sí; porque nunca el corazon alcanza
el dulce bien porque infeliz suspira;
¡y há poco vi engañada esta esperanza!
MARG. ¡No pondríais en ella gran deseo!
REY. ¿Qué decís?
MARG. ¡Que la reina doña Juana
es solamente aqui la soberana!
¡que vos, su esclavo sois, á lo que veo!
REY. ¿Tal pensais? ¡Margarita!
MARG. ¡Ah! mal haya el amor que os he inspirado.
REY. Contened vuestro enojo... ¿qué os irrita?
MARG. ¡Que otra muger mi orgullo ha mancillado!
Dejadme que á mi cólera me entregue.
REY. ¿Qué quereis?
MARG. ¡Que mandeis solo en Castilla!
Podeis decir á vuestra ilustre esposa
que no fuí yo quien vine á vuestra tierra
buscando el clima de su patria hermosa,
¡que fue vuestra pasion impetuosa
la que de mis hogares me destierra!
Decidla, sí, que vos, enardecido,
(disculpadme si altiva aqui me alabo)
me ofrecísteis rendido
sentarme en vuestro solio esclarecido
y adorarme á sus plantas como esclavo.
En fin, que loco, como rey amante,
con ofertas, con santos juramentos
abandonar me hicisteis á Brabante,
cuna de mis amores y contentos.
Decídselo, señor; sepa en buen hora
que yo en mi tierra soy tan soberana
como ella entre su gente castellana.
Y sepa, si lo ignora,
que pueden los hidalgos mas pequeños
de mi suelo de Flandes,
si vinieran á España, ser los dueños,
y de sus grandes hombres los mas grandes.
REY. ¡Qué hermosa estás altiva!
¡Bella es la indignacion en tu semblante!
y aun tu mirada esquiva,
dulcísima, á la vez que penetrante.

(*Ap.* Tambien era amorosa
antes que el cielo su razon turbara
la de mi tierna esposa:
¡quién con delirio entonces no la amara!)
Serena al fin tus ojos,
que no hay razon alguna
para inspirarte doña Juana enojos.

MARG. ¡Que no me inspire celos su fortuna!
porque la amais, señor; lo estoy leyendo
en vuestra turbacion, bien lo comprendo.

REY. ¡Ay, Margarita! ¡la ilusion te engaña!

MARG. No, no: yo á vuestra esposa me anticipo,
y os lo digo en su nombre. Soy estraña;
ella heredera y reina de la España.
Decid si sobro en ella, gran Filipo.

REY. Nunca, señora.

MARG. Entonces al instante,
dando al olvido estériles amores,
me partiré á Brabante,
donde señora soy de sus señores.

REY. ¡Abandonarme! ¿abandonar mi lado?
¿dar al olvido mi pasion funesta?
¡De amor á tanta costa conquistado
la recompensa es esta!

MARG. Pues solo en vos consiste; mas no quiero
ser el escollo de su dicha.

REY. ¡Ah impía!
¿dudas que en mi pasion sea sincero?

MARG. Dudo de mi fortuna, ¡por ser mia!

REY. Pues bien; yo te renuevo como un dia
mi santo juramento.
Tuyo es mi corazon; ¿ya ves el trono?
pues sobre el trono te alzaré un asiento.

MARG. (*Ap.* Remonta ya mi ufano pensamiento.
¡A mis pies está un rey!) No te abandono.

REY. (*Ap.* ¡Perdona, esposa!)
(*A Margarita.*) Por tu amor aliento.

ESCENA XI.

DICHOS. LA REINA, *que entreabre la puerta de la izquierda, sorprendiendo al rey á los pies de la flamenca.*

(*En toda esta escena la reina ha de manifestar síntomas de estravío, y se procurará que sea lo mas rápida posible.*)

REINA. (*Quedándose inmóvil y aterrada.*)
¡Cielos!
REY. ¡La reina!
J. MANUEL. (*Saliendo, aparte al rey.*)
Imposible
me fue, señor, advertiros.
MARG. ¡Mi rival!
REY. (*Ap. á Margarita.*) Vos, retiraos.
MARG. (*Idem al rey.*)
Disponed de mi destino.
REY. (*Observando á la reina.*)
¡Sus ojos brotando llamas!
J. MANUEL. Los síntomas del delirio.
Para evitar un escándalo
(*Abre las puertas del fondo, y entran los diputados que estaban en el gran salon.*)
esto, señor, es preciso.
REY. ¿Qué haceis?
J. MANUEL. Ver si se contiene
entre tan nobles testigos.

ESCENA XII.

DICHOS. DON PEDRO PADILLA. DON FILIBERTO. DIPUTADOS. EL CAPITAN ESPOLETA, *que permanece retirado y observando, y cerca de la reina. Esta se adelanta hasta el sitio donde estaba la flamenca y habla como delirante.*

REINA. ¡Aqui! ¡á sus pies...! ¡la flamenca...
la que aborrezco! ¡Ay Filipo!
(*Se deja caer en un sillon. El rey la oculta, saliendo al recibo de los diputados con don Juan Manuel, que hace una seña de inteligencia á don Filiberto.*)

ESPOL. (*Enjugándose los ojos.*)
¡Pobrecilla!
REY. Caballeros...
PADILLA. Si nos dais vuestro permiso...
UN DIPUT. Y vuestra mano. (*Le besan la mano.*)
REY. (*Turbado.*) En buen hora.
(*Ap.* ¡Ah! don Manuel, ¡qué suplicio!)
J. MANUEL. Señores, el rey se encuentra
altamente conmovido;
mas estima, como es justo,
los representantes dignos
de Castilla, pues ve en ellos
sus pueblos, ¡que son sus hijos!
PADILLA. (*Mirando á la reina.*)
Ya comprendo.
CONDE. Será cierto...
(*Los diputados van rodeando á la reina, manifestando dolor y asombro.*)
REY. Sí; ¡por desgracia!
PADILLA. ¡Dios mio!
REINA. ¡Alli...! ¡mi esposo... á sus plantas...
(*La reina habla sola mirando al mismo punto.*)
arrastrándose sumiso!
y ella sonriendo... y yo...
un puñal aqui...
(*Señala á su corazon. Oculta su frente entre sus manos.*)
J. MANUEL. Yo os pido
que á escena tan lastimosa
se ponga fin. ¡Rey invicto,
por complacer vuestros pueblos
ya fue grande el sacrificio!
(*A los diputados.*)
Condescendió á vuestros ruegos.
REY. (*Con gran pesar y enternecido.*)
Retiradla.
PADILLA. Antes suplico
me dejeis besar sus plantas
por si acaso reanimo
su sangre con el calor
de mi noble patriotismo.
Señora...
REINA. (*Sin mirarle.*) ¡Ingrato!

PADILLA. (*Arrodillándose.*) ¡Oh heredera
de los blasones antiguos
de aquella grande Isabel,
espanto de los moriscos!
A esas plantas soberanas
como holocausto dedico
la obediencia de tus pueblos,
de reina tan noble dignos.
Tu nombre invocan y amparo;
y los pueblos afligidos,
de tí, como angel, aguardan
la proteccion y el cariño.
El trono de tus mayores
defenderán con ahinco
si ven sus leyes guardadas
bajo tu manto divino.
Que tú, como hija de España,
la protegerás con brio,
porque á la hacienda que es propia
se la da abono y cultivo.
Nuestros fueros, nuestras glorias,
la libertad y el prestigio
que los buenos españoles
gozaron por tantos siglos.
El que ocupe la mitad
del solio, al menos pedimos,
como á tu sangre conviene
y á tu grandeza es debido.

REY. (*Ap.*) (¡Qué osadía, estando yo!)

J. MANUEL. Conteneos.

REINA. (*Con locura, y sin haber oido.*)
¿Qué habeis dicho?
¡España...! ¡Su libertad...!
¿Y su amor? ¡Mintióme impío!
Alli... á sus pies...

(*Señalando al mismo sitio donde vió al rey y la flamenca.*)

PADILLA. ¡Desdichada!
¡Mi esperanza se ha perdido!

ESPOL. (*Aparte acercándosele con interes.*)
Aun no.

PADILLA. Miradla. (*Aparte á Espoleta.*)

J. MANUEL. (*A los cortesanos.*) Ya veis...
si con razon encubrimos...
TODOS. ¡Qué desgracia!
J. MANUEL. (*Ap.*) (Filiberto,
el cielo nos fue propicio;
su locura está probada.)
REY. (*Ap.*) (¡Por qué está loca! ¡Dios mio!)
J. MANUEL. (*Aparte á Padilla.*)
Si conociendo lo inútil
de vuestros nobles designios,
quereis con vuestro talento
honrar un alto destino...
PADILLA. Basta... Y sabed que en la reina,
don Manuel, mi patria sirvo.
(*Señalando á la reina.*)
Rota estará la bandera,
pero el pais es el mismo.
FILIB. (*Ap.*) Tentadle con oro.
J. MANUEL. (*Aparte á él.*) ¡Necio!
á personas de su brio
si el aplauso no las gana,
el oro es medio mezquino,
que solo á gentes vulgares
deslumbra tan falso brillo.
REY. Señora... sí... retiradla.
(*Salen varios ugieres y damas y ayudan al rey.*)
REINA. Era su voz... tú... ¡Filipo!
Y ella, ¿no me le arrebata?
Asi la muerte...
(*La conducen con el mayor cuidado.*)
J. MANUEL. Os repito
que despues será la audiencia.
(*A los diputados, que se van retirando.*)
¡Acortemos su martirio!
(*Los diputados se alejan por el salon. El rey con las damas y la reina por la izquierda. Don Juan Manuel y don Filiberto, manifestando su alegría, salen por la puerta de la derecha. Espoleta se acerca á Padilla.*)

ESCENA XIII.

PADILLA. ESPOLETA.

PADILLA. (*Ap.*) ¿Qué he de hacer?
ESPOL. ¿No desmayas?
PADILLA. Espoleta...
ESPOL. Amigo invicto.
¿Con mil hombres de á caballo
pudieron sus artificios
deslumbraros?
PADILLA. (*Con dolor.*) ¡Yo la hablé!
ESPOL. ¡Voto al patron peregrino!
Con celos dice locuras.
Mas la reina está en su juicio;
¡con mil diablos! ¿no advertísteis
entre ellos sonrisas, guiños?
PADILLA. ¡Qué nueva esperanza! ¡es cierto!
y su aire...
ESPOL. ¡Y sus secretitos!
PADILLA. ¡Sacrifican á la reina,
no hay duda!
ESPOL. ¡Hay planes inicuos!
Cortesanos y tahures
nunca hacen el juego limpio.
PADILLA. Pues hoy sabrá un castellano
leal, noble y decidido,
desbaratar sus intrigas.
ESPOL. Pasémoslos á cuchillo.
PADILLA. ¡Por mi patria no me arredran
los lances ni los peligros!
ESPOL. Para sacaros de apuros
tengo yo esta. (*Señala á su espada.*)
PADILLA. Sí, sí; ¡unidos
por el bien de nuestra patria!
ESPOL. ¡Por el mal de sus ministros!
PADILLA. Nada de traicion en ella.
ESPOL. Y nada de estrangerismo.
PADILLA. Y acabarán nuestros males.
ESPOL. ¡Y habrá la de Dios es Cristo!
(*Se aprietan la mano, y se van cada uno por su lado.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Decoracion de jardin: á la derecha la entrada de una casita rústica; á la izquierda la del palacio, que se prolonga entre bastidores, tiene un torreon cuya parte esterior figura una galería de cristales. Al fondo de ese torreon se ve una especie de antesala que comunica por la derecha con una puerta que da al jardin por medio de una escalera, y por la izquierda con la habitacion del palacio.

ESCENA PRIMERA.

JUAN *y* ANDREA, *en la parte del jardin.*

ANDREA. Conozgo mas cada dia
te has hecho mú descastao.
JUAN. ¿Por qué dices eso, Andrea?
ANDREA. ¿Tú crees que no lo reparo?
Solo piensas en comer.
JUAN. Pa eso tengo buen estógamo.
ANDREA. Y mal corazon.
JUAN. Son dos
elementos necesarios
pa vivir en este mundo:
si ne qua non.
ANDREA. Calla, pícaro.
JUAN. Me estás poniendo unos motes
que no sé cómo te aguanto.

ANDREA. Dempues de tantos favores
como á los dos ha prestao
la probe señora, tú
no te dueles de su llanto.
Siempre triste, retirá,
aunque en su mesmo palacio,
tú y yo la vemos no mas.

JUAN. Si el rey asi lo ha mandao...

ANDREA. Sí, güeno es el rey.

JUAN. No hables mal del soberano.

ANDREA. ¡Hola! ¡que no hable...! tan güeno
como tú.

JUAN. Soy su vasallo,
y no permito... ademas,
suele el rey de cuando en cuando
ver á su esposa, y la quiere,
aunque digan lo contrario.

ANDREA. ¿Quién fia en los hombres? por ser
jardinero de palacio
has cambiao de opinion.
Miren...

JUAN. Pues en esto no hago
mas que imitar á otros muchos
algo mas encopetaos
que yo: el cambiar de opinion
dicen que es propio de sabios;
ya que no lo soy, yo quiero
al menos aparentarlo.

ANDREA. Te aseguro que quisiera
golverme otra vez al campo
por no oirte.

JUAN. Pues tú tienes
la culpa: me has arrastrao
á esta vida... bien que vine
porque esa flamenca ó diablo,
agora que naide lo oye,
se empeñó... ¡güeno fue el chasco!
en que yo la acompañara
caballero sobre un asno,
y por no dejarte sola
vinimos: luego encontramos
colocacion; ya se ve,

te quiere la reina tanto,
que me nombró jardinero,
y siempre estás á su lao,
menos algunos ratillos...
(*Con malicia.*)

ANDREA. ¡Otra vez, Juan!

JUAN. Es que callo;
pero si llego á coger
á ese don Poncio Pilato
que te anda haciendo la rueda,
cuando menos con él hago
un flamenquicidio.

ANDREA. ¡Hola!

JUAN. Só mú atroz cuando me enfado.
Vamos á cerrar las puertas
del jardin.

ANDREA. ¡Habrá gaznápiro!

JUAN. No quiero dejarte sola;
como te quiero, te guardo. (*Vanse.*)

ESCENA II.

PADILLA. ESPOLETA.

ESPOL. Sospecho que ese judío
á la reina quiere ver.
¡Por vida de Lucifer!
¿Pensará armarla algun lío?

PADILLA. No os impacienteis.

ESPOL. Me irrito.
Sin duda el diablo anda suelto,
pues todo lo trae revuelto
ese usurero maldito.
En mala hora de su tierra
vino este flamenco ruin
para llevarse el botin,
y á mas meternos en guerra.
Asentista en Flandes era
de los tercios españoles,
y ya tiene tres bemoles
lo que nos robó. ¡Friolera!
¡si nos tuvo muertos de hambre!

La pena negra pasamos:
casi, casi, á estar llegamos
mas delgados que un alambre.
Y despues que se engordó
con nuestra sangre, á Castilla
vino esa fatal polilla
á hacer lo mismo; eso no.
Si dejarnos piensa en cueros
habrá una... ¡no hay que fiar!
¡qué paso van á llevar
si se arma esos caballeros!
¿Y vos qué decís?

PADILLA. Cachaza.

ESPOL. ¿A la reina quereis ver?
¿Por qué callais?

PADILLA. ¿Qué he de hacer?
No me dejais meter baza.

ESPOL. Es que de cólera estallo.
¡Voto al demonio! ¿qué hacemos?

PADILLA. (*Pensativo.*)
Tened calma, ya veremos...

ESPOL. ¿Y asi os estais?

PADILLA. Yo obro y callo. (*Id.*)

ESPOL. El tiempo vuela.

PADILLA. No obstante... (*Id.*)

ESPOL. ¿Y nada habeis decidido?

PADILLA. ¿Y discurrir he podido?
Me interrumpís cada instante.
Debo hablar con doña Juana.

ESPOL. ¿Y cómo? ahi está.

PADILLA. Despacio.
De la guardia de palacio
salísteis esta mañana.

ESPOL. Cierto.

PADILLA. ¿Luego conoceis
el santo y seña?

ESPOL. Es verdad.

PADILLA. Ya está la dificultad
destruida.

ESPOL. ¡Cómo! ¿quereis...

PADILLA. Que me lo digais, y asi
no puede negarme el paso

la guardia.

ESPOL. Pero es el caso
que si sospechan de mí...

PADILLA. ¿Por qué razon? Vos os vais,
y entraré solo.

ESPOL. Eso no.
Os aguardaré aqui yo
mientras vos con ella hablais.

PADILLA. Si la calumnian, diciendo
que está loca, he de inquirir;
de mí no se han de reir,
ya sus intrigas entiendo.

ESPOL. ¡Oh! deseando estoy á fé
que haya aqui cualquier tumulto
para buscarles el bulto,
y yo se lo encontraré.
¡Me tienen de rabia ciego!
Los he de despabilar...
lo dicho: no hay mas que entrar
contra ellos á sangre y fuego.

PADILLA. Antes con suma prudencia
es necesario que obremos.

ESPOL. ¡Pues! para que nos quedemos
á la luna de Valencia.

PADILLA. No temais; el plan que voy
á la reina á proponer
nos basta para vencer,
ó no he de ser yo quien soy.
Con cobardes y venales
almas vamos á luchar,
y es claro que han de triunfar
los valientes y leales.

ESPOL. Como querais obrad vos;
yo, que esas artes no entiendo,
á cuchilladas emprendo
sin charlar mas, ¡voto á brios!
Harto me tienen las tretas
de la sobrina y el tio;
si los agarro... ¡Dios mio!
van á pasar por baquetas.
Mi tizona, con la piel
del flamenco he de forrar;

será en vano el suplicar,
guerra, y nada de cuartel.

PADILLA. En ver á la reina tardo.

ESPOL. Os dirigiré hasta alli;
despues yo me vuelvo aqui,
y las espaldas os guardo.
¡Y aunque venga un tercio y mas,
no pasará, yo lo juro,
porque os serviré de muro
contra el mismo Barrabás.

(*Se dirige al torreon, atravesando por detras del palacio.*)

ESCENA III.

LA REINA.

(*En el torreon durante la escena anterior ha aparecido una luz; poco despues una camarista ha corrido los cristales. La reina sale por la izquierda y se sienta junto al anden de la celosía.*)

¡Cuán lentas cruzan de mi triste vida
las horas que volar me parecieron
cuando de amor y de ventura henchida
mágicas ilusiones me adurmieron!
¡Cual tierna flor del tallo desprendida,
cuyo aroma las áuras se bebieron,
y deshojada el huracan la lanza,
asi murió la flor de mi esperanza!
¡Y murió para siempre el amor mio,
aquel amor de mi existencia encanto,
que es causa de mi loco desvarío,
y no le apaga mi contínuo llanto!
¿Por qué muestras, Felipe, tal desvío
á esta pobre muger que te ama tanto?
Si gozas en verter mi amargo lloro,
lloraré sin cesar, porque te adoro.
Te adoro, sí, como ninguno acaso
ha sabido querer en este suelo;
no sé si será amor, sé que me abraso,
y que nada mitiga mi desvelo.
Sé que mi dicha ya llegó á su ocaso

cuando soñaba de ventura un cielo;
sé que deliro al escucharte, al verte,
y sé tambien que muero con perderte.
Si aman las flores á la brisa leve
que columpiando del vergel la rama
el dulce néctar de su caliz bebe,
si el ruiseñor los arroyuelos ama,
el mar sus hondas por besarlas mueve,
de amor el mundo al ver el sol se inflama,
los aires ama el ave, el pez el rio,
¿cómo no te he de amar, esposo mio?
¡Dicen que loca estoy! sí, que es locura
con delirio adorar el alma mia
á quien desdeña ingrato mi ternura
olvidando el amor que juró un dia.
Si apaga un desengaño fé tan pura,
locura es piense en él mi fantasía;
¡por la mente ilusion bella girando,
soñar viviendo, por vivir penando!

ESCENA IV.

LA REINA. PADILLA.

PADILLA. ¿Reina?
REINA. (*Levantándose sorprendida.*)
¿Quién... ¡ah! ¿Y os han dejado
entrar? Me sorprende á fe;
que hasta de ver me han privado
á mis amigos.
PADILLA. Lo sé.
Con rigor os han tratado.
Os guardan por vida mia
ambiciosos consejeros
de quienes el rey se fia,
y ¡oh mengua! la monarquía
se halla á merced de estrangeros.
Pero vengada sereis,
que vos, noble doña Juana,
sois la única soberana
de Castilla, y reinareis,
pese á esa turba alemana.

Pues no todos son iguales,
ni ultrajan la magestad:
aun hay castellanos leales
que defiendan como tales
su reina y su libertad.

REINA. Gracias, Padilla; no en vano
en tí siempre confié;
eres leal.

PADILLA. Soy castellano;
y solo vióla el villano
su juramento y su fé.
Infames aduladores
vendan su honor en buen hora,
que el brillo de los honores
envilece y no decora
el pecho de los traidores.
Que torpes honores son
de infamia vivo padron,
y asi cuantos mas ostente
sirven para hacer patente
el precio de su traicion.
Y aunque ese falso oropel
no brilla en el pecho mio,
se encierra, señora, en él
lleno de entusiasmo y brio
un corazon noble y fiel.

REINA. Mis bienes perdidos lloro,
mi libertad y mi amor,
que eran mi rico tesoro;
no de una corona de oro
el brillante resplandor.
Asomada á esta ventana
envidia me da la rosa
que acaricia áura temprana;
reina del jardin lozana
es libre, amada, y dichosa.
La adulan las demas flores,
el rocío la embellece,
da el sol brillo á sus colores,
blando el céfiro la mece,
y arrullan los ruiseñores.
Y yo, que un trono he heredado;

yo, que tengo un corazon
que para amar fue formado,
¡hasta á un ser inanimado
envidio en esta prision!

PADILLA. Os calumniaron, señora,
diciendo perdido habeis
la razon: ¡gente impostora!
miente su lengua traidora;
sobrado juicio teneis.
A vuestro padre escribid,
al ilustre don Fernando
vuestro estado descubrid,
y presto Valladolid
os verá otra vez reinando.
Y los pueblos al saber
que vos estais prisionera,
os vendrán á defender
por su reina y por muger
contra esa gente altanera.

REINA. ¿Quereis que por ser vengada
mi tierra, noble Padilla,
mire de sangre inundada?
¡Ya que yo soy desgraciada,
que no lo sea Castilla!

PADILLA. ¡Pero si los pueblos son
como vos desventurados!

REINA. ¿Qué decís?

PADILLA. No es ilusion:
oprimidos, saqueados,
en nadie hallan proteccion.
Cual si fuera tierra estraña,
mi sangre al verlo se enciende,
tratan los propios á España:
como á esclava se la vende,
como á imbécil se la engaña.
Do quier que tienda los ojos
solo miro luto y llanto,
los campos de sangre rojos;
los estrangeros en tanto
reparten nuestros despojos:
sabed, vais á sorprenderos,
que con impuestos se abruma

á los nobles y pecheros
para enriquecerse en suma
contratistas usureros.
¡Y son vanos los clamores
del pueblo que sufre tanto,
que gozan en sus dolores
y se rien de su llanto
sus bárbaros opresores!

REINA. A mi padre á escribir voy.
(*Se sienta á escribir con sumo interes.*)
Mis ofensas de muger
olvidé; mas reina soy,
¡y mi Castilla sufre hoy!
Yo la debo defender.

PADILLA. ¡Ah! si cual vos comprendieran
los reyes su alta mision,
los pueblos los bendijeran,
y á su trono se acogieran
cual puerto de salvacion.

REINA. Su sangre es mia, y prefiero
á su desgracia mi yugo,
que este es el deber primero
de un rey: de mis pueblos quiero
ser madre; no su verdugo.

ESCENA V.

DICHOS. DOÑA MARGARITA. DON FILIBERTO, *por la parte del jardin.*

FILIB. La hora es, y que aqui te aguarde
será mejor.

MARG. Ya presumo...

FILIB. Conviene estar á la vista
para avisarte si alguno
entrara.

MARG. Bien; nada temo.
(*Se dirige á la escalera.*)

FILIB. De la llave del rey supo
apoderarse: escribiendo
se halla, y no estraño...

REINA. (*Cesa de escribir.*) Concluyo.
Tomad: pero siento pasos.
¿Quién será? partid al punto.
(*Dándole una carta á Padilla.*)

PADILLA. (¿Será tal vez Filiberto?
Yo veré...) Soy vuestro escudo.

(*Espoleta, embozado, se dirige hácia la parte del jardin en que se halla don Filiberto observando cómo entra Margarita en la cámara de la reina, y se coloca detras de modo que aquel no le ve. Margarita en este tiempo abre la primera puerta que está en el último escalon, y Padilla se va por donde ha entrado. La reina escucha atenta el ruido que parece sentir.*)

FILIB. Ya va á entrar: todo va bien.

ESPOL. (*Tocándole en el hombro.*)
Todo va mal, avechucho.

FILIB. ¡Cielos! ¿Quién... (*Sorprendido.*)

ESPOL. (*Agarrándole del cuello.*) Calla, judío.

FILIB. ¡Por favor...!

ESPOL. Ó te desnuco.

FILIB. ¿Pero quién sois?

ESPOL. El demonio,
que al mirar tus robos muchos
va á llevarte en cuerpo y alma
al infierno con los tuyos,
viendo que en este pais
no se castigan abusos.

FILIB. Mas...

ESPOL. (Hasta salir Padilla
le pondré en lugar seguro.)
Si chistas una palabra
vas en posta al otro mundo. (*Se lo lleva.*)

ESCENA VI.

LA REINA *y* MARGARITA, *en la cámara de aquella.*

REINA. ¡Una muger aqui! ¡Gran Dios! ¿qué veo?
¿Ni un momento me dejas de reposo?
¿Te burlas de mi afan? ¡Sombra maldita!
¡Borradla de mi mente, Dios piadoso!

MARG. No soy su sombra, no, soy Margarita.
REINA. ¡Cielos! ¿es ilusion? ¡Su voz he oido!
¡Ah! sí... ¡es ella! ¡es ella! no me engaño.
¿A qué, muger fatal, aqui has venido?
¿quién te permitió entrar? ¿quién por mi daño
te condujo á este sitio? Vete pronto,
que al mirarte no mas nublarse siento
mi razon, y del alma estremecida
lanzarse quiere el corazon violento.
Huye, porque tu vista me asesina.
MARG. ¡Tanto horror os inspiro! Me sorprende
que el alma de una reina abrigar pueda
necios celos; la mia no comprende
que sienta esa pasion la que nacida
en cuna escelsa, de esplendor cercada,
entre fausto y poder cruzó su vida
por áura del orgullo acariciada.
De su ambicion el límite profundo
debiera ahondar, y al estender su vuelo
á sus pies humillar el ancho mundo,
y á su gloria crear en él un cielo.
REINA. No te engañas: pero ¡ah! ¡bien se conoce
no sabes qué es amor! al alma mia
no halaga la grandeza soberana;
á mas alta region mi fantasía
se eleva en alas de un amor sublime;
mas tú mi ilusion mágica has deshecho,
por tí mi vida ha sido envenenada
y desgarrado mi sensible pecho:
devuélveme su amor, su amor es mio.
MARG. Firmad este papel.
REINA. (*Leyendo.*) ¿Qué será...? ¡Cielos!
¿Es sueño de mi loco desvarío
lo que mis ojos ven? ¡No, no es posible!
¡Una demanda de divorcio! ¡intenta
la solicite yo! ¡Muger aleve!
¿Pero quién es la que tan torpe afrenta
á mí, á su reina, á proponer se atreve?
¿Eres tú, no es verdad? ¡tú, miserable!
MARG. ¿Qué decís?
REINA. Calla ya: la altiva frente
humilla ante mis pies; yo soy tu reina,

tu reina, óyelo bien: tu soberana,
y probaré que reino todavía
castigando tan pérfido atentado...
¡Mi esposo arrebatarme pretendia
despues que su amor tierno me ha robado!
Pude callar hasta hoy, ahogar mi pena;
¡basta de padecer y fingimiento!
La tempestad de mi venganza truena,
y va á estallar sirviendo de escarmiento
á quien la regia magestad mancilla
y adora al rey por usurpar mi trono:
¿y tú reinar pretendes? En Castilla
no hay mas reina que yo: teme mi encono.

MARG. ¿Me amenazais? ¿Decís que os he robado
el amor de un esposo? No, señora.
El la dicha tambien me ha arrebatado.
Al juzgaros demente, un amor puro
me juró en Flandes: le creí... mandóme
á la corte venir; yo resistia,
pero venció el amor que le tenia
y abandoné mi patria. Desde entonces
mis tiernos sentimientos se trocaron
en ambicion y orgullo, os lo confieso,
la pompa y esplendor me deslumbraron
de la diadema, y reina me juzgaba,
cuando al miraros conocí que inmenso
abismo de este trono me apartaba.

REINA. Y te aparta, es verdad. Mientras yo viva
nadie mi trono ocupará.

MARG. (¡Qué escucho!
Ella mi oprobio é indignacion aumenta.)
¿Y aun os quejais, cuando Castilla esposa
os llama de su rey? mientras la afrenta
es mia, vuestro es el honor, yo sola
apuro el caliz de ignominia lleno.

REINA. Y bien, le apurarás, que aun puede amarme
como le adoro yo, que amor respiro;
él es mi gloria, mi ilusion, mi encanto;
amor me abrasa, por amor deliro,
y amor es causa de mi amargo llanto.

MARG. ¡Ah! ¡me destroza el alma esa palabra!
¡Amaros! no lo lograreis; ahora

firmad este papel.

REINA. ¡Cómo! ¿aun te atreves...?
Llamaré...

MARG. Nadie acudirá, señora.

REINA. Pues bien, de nadie mi alma necesita.

MARG. ¿Qué veo!

REINA. (*Rasga el papel.*) Esta es mi firma, Margarita.

MARG. ¡Ah! no importa: en mi ayuda Filiberto...

REINA. ¿Qué intentas?

MARG. Lo vereis.

ESCENA VII.

LAS MISMAS. PADILLA.

PADILLA. (*Dirigiéndose á la puerta por donde entró Margarita, y guardándose la llave.*)
No, no está abierto.

MARG. ¡Padilla! ¿Qué haceis?

PADILLA. No es nada.
Estorbaros la salida.

REINA. ¡Cielos! ¡no se habia marchado!

MARG. ¡Aqui vos!

PADILLA. Si esto os admira,
tambien de veros me asombro,
aunque ya lo preveía.

MARG. ¿Qué decís?

REINA. (Se compromete
por mi causa.)

PADILLA. Sois altiva,
debiendo besar humilde
esas plantas de rodillas.
¿Sin duda habeis presumido
que no hay nobles en Castilla
que os hagan doblar la frente
ante vuestra reina?

MARG. ¡Oh ira!

REINA. ¡Ah! ¿Cómo podré pagaros...

PADILLA. Defiendo en vos la justicia.

MARG. ¡Ah! ¿Cómo podré vengarme?

PADILLA. Condeno en vos la perfidia.

MARG. ¿Asi insultais á una dama

cuya estirpe rivaliza
con la de los mas ilustres
ricos-homes?

PADILLA. Margarita,
la noble sangre, es preciso
conservarla siempre limpia,
que la corrompen muy pronto
acciones que son indignas
y hace resaltar las bellas,
mas no borra las inicuas.

REINA. Teneis razon; y si alguna
cometer pude en mi vida,
en su recuerdo me ocupo
para espiarla.

PADILLA. Sois digna
de reinar; cuando en el trono
las nobles virtudes brillan,
con sus mágicos destellos
á los pueblos iluminan,
y veneran á sus reyes
cual tiernos padres que aspiran
á hacer el bien de sus hijos,
no á labrar su propia ruina.

MARG. ¡Oh! que el vasallo á su reina
ensalce no es maravilla.

PADILLA. Señora, este es el poder
de la inocencia divina.

REINA. No mereceré ese elogio,
mas tampoco que os deprima
me estraña.

PADILLA. Este es el poder
de la verdad, que castiga
al culpable.

MARG. Pues bien, vos
conocereis en seguida
el poder de la venganza.
Sin que el rey se lo permita
nadie puede entrar aqui.
Ahora...

PADILLA. Como me dicta
mi conciencia, obré. ¿Qué importa
lo que intenteis?

REINA. Margarita,
soy la reina, esta es mi cámara;
salid pronto.
MARG. Obedecida
vais á ser. Temed mi enojo.
(*A Padilla, y saliendo por donde este entró.*)
PADILLA. No sabe temer Padilla.

ESCENA VIII.

LA REINA. PADILLA.

REINA. Huid por piedad; conozco
su infame intencion.
PADILLA. ¿Seria
capaz...
REINA. De todo. Marchaos;
yo os lo ruego.
PADILLA. (Eso me obliga
á salir de aqui, mas no
de palacio.)
REINA. Se aproximan
los guardias.
PADILLA. A Dios, señora.
REINA. En vos vuestra reina fia.

ESCENA IX.

LA REINA. MARGARITA. UN OFICIAL. GUARDIAS.

MARG. ¿Dónde está? ¡ha huido!
Seguidle.
REINA. Nadie le siga.
(*Los guardias retroceden.*)
OFIC. (*Con respeto.*)
Perdonad, pero esta es la orden
del rey.
REINA. (*Con dignidad.*) Entonces cumplidla.
(*La reina se retira lanzando una mirada de desprecio sobre Margarita. El oficial hace esfuerzos con un puñal para romper la cerradura de la puerta que conduce al jardin. Margarita sale detras de la reina.*)

ESCENA X.

ESPOLETA, *en el jardin. Despues* PADILLA.

ESPOL. Le eché fuera del jardin;
no temo ya que me siga.
Ese ruido... ¡Ah...! ¡Vos...! ¿qué ocurre?
(*A Padilla, que sale precipitadamente.*)
PADILLA. Esa flamenca maldita
y los guardias me persiguen.
ESPOL. Irán á hacer compañía
á los difuntos, que traigo
mi tizona prevenida.
PADILLA. No hareis tal; que huyais os ruego.
ESPOL. ¡Cómo...! ¡huir yo! ¡voto á Cribas!
PADILLA. La reina, si me prendiesen,
defensores necesita.
ESPOL. (*Dudando.*) Pero...
PADILLA. Pronto, pronto.
ESPOL. ¡Linda
hazaña! ¡huir...! por la reina...
bien; mas no os pierdo de vista. (*Vase.*)

ESCENA XI.

PADILLA. EL OFICIAL. GUARDIAS.

OFIC. (*A Padilla.*) Alli está: daos á prision.
PADILLA. ¿Quién para ello os autoriza?
OFIC. El rey.
PADILLA. A ese nombre rindo
mi espada.
OFIC. Aqui se encamina
su alteza.
PADILLA. Razon me sobra,
y valor para decirla.

ESCENA XII.

DICHOS. EL REY. MARGARITA. DON JUAN MANUEL. GUARDIAS.

REY. ¿Quién el sosiego ha alterado

de palacio?

MARG. Este traidor,
que de la reina, señor,
apoderarse ha intentado.

REY. (Mis sospechas ella escita;
sus tramas voy comprendiendo:
perdí una llave, y entiendo
me la quitó Margarita.)

J. MANUEL. ¿Y quién es el criminal
que atrevimiento tan loco
pudo tener?

PADILLA. Poco á poco.
No es traidor, sino leal.

MARG. (*Señalando á Padilla.*)
Miradle.

REY. ¡Padilla aqui!
¿Vos el culpable habeis sido?

PADILLA. Jamas mentir he sabido;
yo he visto á la reina, sí.

REY. ¿Y quién á verla os guió?
¿quién?

PADILLA. No me lo pregunteis,
que cómplices no hallareis,
porque el único soy yo.

REY. ¿Y por ventura ignorais
castigaré al atrevido...

PADILLA. Con mi deber he cumplido;
obrad vos como querais.

J. MANUEL. ¿Con vuestro deber decís?
No os valdrá el ser diputado,
ahora que habeis faltado
á la magestad: ¿lo oís?

MARG. Rey sois; debeis castigar
al que se atreve á ofenderos.

PADILLA, Justo es; tales desafueros
impunes no han de quedar.
Pero ahora falta saber
si la magestad ofende
quien la justicia defiende,
ó el que la sabe vender.

REY. (*Irritado.*)
¡Tanta audacia...!

PADILLA. Perdonad
si es severo mi lenguaje,
mas no creais que es ultraje
el deciros la verdad.
Escucharla por completo
debeis, porque un rey es hombre,
y cual todos, no os asombre,
al error se halla sujeto.
Y aun mas que otros, si el oido
no cierra á la adulacion,
áspid, que en el corazon
del monarca hace su nido.
Cortesanos le rodean
que el bien del pueblo no miran,
y como á medrar aspiran
sus pasiones lisonjean.
Y entonces donde no alcanza
de los pueblos la razon,
del cielo decretos son...
suele llegar la venganza.

REY. Mas no llega hasta los reyes,
porque son de Dios destellos.

PADILLA. Es que estan mas altas que ellos
de la justicia las leyes.

FILIB. (*A los cortesanos.*)
Es sobrado atrevimiento...

PADILLA. Murmurad, aduladores,
mas desprecio esos rumores,
que á la nacion represento.
Ella quiere á doña Juana,
que es la reina verdadera,
aunque turba lisonjera
porque no reine se afana.
Goza de juicio cabal;
ved, señor, que no os engaño,
y que os hacen mucho daño
los que os aconsejan mal.
Sabed, que mientras vacía
está el arca del tesoro,
ellos nadan en el oro
y arruinan la monarquía.
Enriquecerse es su norte;

la corrupcion lo ha invadido
todo, pues han convertido
en vil mercado la corte.
A la justicia se ofende,
el crimen se santifica,
con la virtud se trafica,
todo se compra y se vende.
Se violan los santos fueros
de Castilla, el pueblo gime,
á nuestra reina se oprime,
y mandan los estrangeros.
Romped su yugo tirano,
y vuestro poder los dome,
no hagais que el pueblo se tome
la justicia por su mano.

J. MANUEL. (*Con desden.*)
¿Y qué hará?

PADILLA. Destruir la plaga
que las cortes envenena,
como los granos de arena
el mar soberbio se traga.

REY. Basta. Si en Valladolid
mañana os hallo, os advierto
que el castigo será cierto.

PADILLA. ¿Qué, me desterrais?

REY. Partid.

PADILLA. Mi deber de diputado
me ordena quedarme.

REY. Nó.
Vuestro encargo terminó.

J. MANUEL. (*Con burlona sonrisa.*)
Sí, las cortes ha cerrado.

PADILLA. (*Al rey con entereza y dignidad.*)
Bien, señor; hoy la codicia
puede mas que nuestros fueros.
¡Ay de vuestros consejeros
el dia de la justicia!

(*Atraviesa con dignidad por medio de los cortesanos, que le miran con sorpresa.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Sala del palacio. Al fondo habrá un balcon practicable. Dos puertas á la derecha que comunican con las habitaciones interiores; otra á la izquierda que sirve de entrada; mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN MANUEL. DON FILIBERTO.

FILIB. Os aseguro, don Juan,
que asi sale ganancioso
el Estado.

J. MANUEL. Filiberto,
asi lograis buen negocio.

FILIB. Son doscientos mil escudos
los que os adelanto en oro.

J. MANUEL. Pero en cambio os reservais
vos de la alcabala el cobro.

FILIB. Un enredo y un fastidio...
¿sabeis cuán embarazoso...

J. MANUEL. ¿Es el cobrar? ¡Vaya! Hablemos,
Filiberto, sin rebozo:
el pliego de condiciones
que presentásteis, hubo otros
que en un cuarenta por ciento
mejoraban.

FILIB. Por encono,
porque arruinarme querian.

J. MANUEL. ¿Comprometiendo mis fondos?
No lo creais.
FILIB. Don Manuel,
en política es notorio,
por ver á un rival sin uno,
¡hay quien pierde los dos ojos!
J. MANUEL. Los ojos quizá: el dinero
vale mas entre nosotros.
FILIB. Como que él todo lo compra.
J. MANUEL. Sí: ¡como se vende todo!
Parcial he sido en serviros.
FILIB. Pienso demostraros pronto...
J. MANUEL. Bien; ¿mas qué es esto? ¡sois vos!

ESCENA II.

DICHOS *y* ESPOLETA, *que sale presuroso.*

FILIB. ¡El capitan!
ESPOL. (*Ap. viendo al flamenco.*) Los demonios
carguen con ese embeleco.
Papeles... ¡eso es, embrollos!
J. MANUEL. ¿Qué pasa, buen Espoleta?
¿Hay síntomas de trastorno?
Os previne me avisáseis...
FILIB. ¿Pues qué, cunde el alboroto?
ESPOL. (*Ap.*) (Gallinas... ¡Si esto es pudrirse!
Dos hombres como dos troncos
siempre entre cuatro paredes
con cuentas y papelorios.
J. MANUEL. ¿No respondeis? ¿Es mayor
el riesgo que el que supongo?
ESPOL. ¡Señor don Manuel, no hay nada!
dos patrullas en un soplo
han disipado los grupos.
(¡Malditos sean!)
FILIB. ¡Qué oigo!
ESPOL. (¡Estoy de corage ciego!)
J. MANUEL. ¡Era fuerza! ¿Sin piloto,
cómo han de guiar la nave?
Siempre encontrarán escollos.
FILIB. ¿Salió al fin á su destierro

Padilla, ese revoltoso
conspirador?

ESPOL. (*Ap.* ¡Contratista!
no sé como me reporto.)

J. MANUEL. Le vieron partir.

FILIB. ¿Qué tal?

ESPOL. (*Ap.* Le voy á ahogar.)

FILIB. Para el tonto
que se fie de alharacas.
Mucho de nombres pomposos.
Invocar la independencia,
la libertad, patria; el logro
de las franquicias del pueblo;
¡pero en atándoles corto,
en viendo que hay alabardas
de por medio, presto en cobro
se ponen, abandonando
su causa, y el pueblo, y todo!

J. MANUEL. La prudencia muchas veces
es tambien digna de elogios.

FILIB. Y el miedo...

ESPOL. De ese sabreis
discurrir con mucho aplomo.
Si al bravo y noble don Pedro
desterró el rey, fue forzoso
cumpliera su real mandato;
y en esto obró con decoro.
¡Ah! como aqui se encontrara
en esa plaza, sí, él solo
alzara en Valladolid
del pueblo el pendon glorioso,
y no digo yo patrullas,
nuestros tercios fueran pocos,
al frente de sus parciales,
para contener su arrojo.

J. MANUEL. Espoleta, lo decís
con tal interes...

FILIB. Absorto
me tiene ver su entusiasmo.

ESPOL. ¡Maldita lengua!

FILIB. Ese tono...

ESPOL. Hago justicia á don Pedro,

que es valiente, le conozco,
y el desear que guiase
al pueblo, fuera tan solo
para pasar á cuchillo
á todos... (*Ap.* los de vosotros.)

J. MANUEL. En eso os creo, Espoleta.

FILIB. Asi va bien.

ESPOL. Hoy custodio
el palacio, y con mi vida
de sus altezas respondo.
(*Ap.* Me voy de aqui por no dar
otro escándalo... ¡Qué mozos!
de una plumada disponen
del pueblo y de sus tesoros.)

J. MANUEL. ¿Se siente rumor?

FILIB. Sí, yo oigo
mueras.

J. MANUEL. Eso no: parece
que hay nuevos grupos.

ESPOL. (¡Qué gozo!
¡Si al fin se armase una buena,
muy buena...! á mi puesto corro.) (*Vase.*)

FILIB. (*Asomándose al balcon por detras de las cortinas, y volviendo á quitarse.*)
¿Mas qué quiere esa canalla?

J. MANUEL. Dar gritos. Sin el apoyo
de Padilla, nada temo
en Valladolid...

ESCENA III.

DON JUAN. DON FILIBERTO. UN PAGE.

J. MANUEL. Osorio,
¿qué ha ocurrido?

PAGE. En un caballo
en la ciudad hace poco
volvió á entrar Pedro Padilla.

FILIB. ¿El diputado?

J. MANUEL. No hay otro.

PAGE. Y el populacho le aclama.

J. MANUEL. Ya veis que es hombre animoso.

FILIB. ¡Quién sabe! Quizá ahora trate

desde el retiro mas lóbrego
de animar la rebelion
y la discordia.

PADILLA. (*Saliendo.*) No escondo
mi cara á nadie.

J. MANUEL. ¡Qué veo!

FILIB. ¡Si no vuelvo de mi asombro!

PADILLA. Pedí licencia. Tardaban
en dármela, y me la tomo.

ESCENA IV.

DON PEDRO PADILLA. DON JUAN MANUEL. DON FILIBERTO.

J. MANUEL. ¿Aqui don Pedro Padilla?

FILIB. ¡Atreverse...!

J. MANUEL. ¿Cómo es esto?

PADILLA. A dejar mi honor bien puesto
antes de irme de Castilla.

FILIB. En no marchar desterrado
infringió vuestro deber.

PADILLA. Eso debiera aprender
de encontrarme á vuestro lado.
Mas hoy me abrogo el oficio
á que dais tan poco honor,
arriesgándose el traidor (*Con ironía.*)
de su patria en beneficio.
La rebelion va á estallar,
sé que mi nombre se invoca,
y á mí desmentir me toca
que la pude fomentar.
Ahora respondedme vos:
si el uno su fuego enciende,
y otro apagarle pretende,
¡quién mas leal de los dos!

J. MANUEL. Yo no puedo consentir...

PADILLA. ¿Que se os hable bien al alma?
Valido, escuchad con calma,
que mucho teneis que oir.
El ser valido no abona
para abusar del poder:
un buen valido ha de ser
apoyo de la corona.

No interprete con malicia
las órdenes de su rey,
porque se quiebra la ley
con discursos de justicia.
Si influye en la ejecucion
de algun solemne decreto,
escuche siempre discreto
el voto de la nacion.
Oiga al alto y al pechero
para fallar la sentencia,
y siempre con su conciencia
se aconseje lo primero.
Pues abrogarse el poder
tan solo para medrar,
es el cadalso elevar
donde puede perecer.

J. MANUEL. Don Pedro, tengo valor.
Si yo mismo me condeno,
sabria morir sereno.

PADILLA. ¡Pero acaso cual traidor!

J. MANUEL. Callad, que no sufriré
que aqui se ofenda mi nombre.

PADILLA. No intento ofender al nombre,
pero al valido sí á fé.

FILIB. ¿Consentireis que animado
por vuestra condescendencia...

PADILLA. Callad, que á vos con prudencia
no sebré oir.

FILIB. ¡Diputado!

J. MANUEL. Ya no lo es.

PADILLA. Sí, pesia al diablo.
Por un decreto vendido
mi carácter no he perdido:
como diputado os hablo.
Bajad al suelo la vista.
Mirad en mí la nacion
que os debe su perdicion
por avariento agiotista.
Si persuadirme quereis
que por ignorancia obrais,
es fuerza que consintais
vea al rey.

J. MANUEL. ¿Qué pretendeis?
PADILLA. Vine á salvar la nacion.
FILIB. Dejadle; ¡quizá su alteza
mande colgar su cabeza,
por rebelde, de un balcon!
PADILLA. Flamenco, pues considero
que en nada os puedo afrentar
tanto como en recordar
vuestro origen estrangero.
Si reduce la riqueza
mezquinas almas venales,
en diputados leales
no cabe tanta bajeza
cuando...
J. MANUEL. ¡Don Pedro Padilla!
PADILLA. Cuando miran que ese fausto
es dejando al pueblo exausto,
y las tierras de Castilla.
UCIER. (*Saliendo.*) El rey os llama. (*Se retira.*)
J. MANUEL. (*A Padilla.*) En palacio
aguardad... Si acierto ó yerro,
¡ya, Padilla, en el destierro
lo calcularéis despacio!
FILIB. (*A don Juan Manuel.*)
Se le pudiera prender.
(*Sale Margarita.*)
Margarita...
J. MANUEL. ¿Sabeis ya
que ha vuelto?
FILIB. ¡Mira!
MARG. (*Con despecho.*) ¡Ahí está!
PADILLA. Deseo haceros saber... (*A Margarita.*)
(*Al ir á retirarse don Juan Manuel le da Padilla un pliego.*)
¡Dádselo al rey! Si ha cerrado
las cortes tan sin razon,
vea en esta relacion
las desgracias de su Estado.
Como leal diputado,
si allí me cierran la boca
aquí escribirlas me toca.
Si en mí su rigor se ensaña,

sea, que en bien de la España
cualquier desventura es poca.

(*Don Juan Manuel le hace una cortesía despues de haber tomado el pliego, y se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

PADILLA. MARGARITA.

MARG. ¿Qué me quereis?
PADILLA. Vais á oirlo.
MARG. Despachad, que estoy de prisa.
PADILLA. Os la recomiendo, y mucho,
si en algo apreciais la vida.
MARG. ¿Tanto la estimais?
PADILLA. Señora,
¿quereis qne franco os lo diga?
Pues bien; no es estimacion
lo que á salvaros me escita,
sino el ser dama, y ser yo
caballero de Castilla.
MARG. Galan sois; mucho agradezco
esos rasgos de hidalguía.
¿Mas qué riesgos me amenazan?
¿qué mano torpe á la silla
del rey, que alli me defiende,
osara elevarse altiva?
¿ó de asesinarme acaso
capaz alguno sería?
PADILLA. ¡Los castellanos no saben
ese crimen, Margarita!
Mas el pueblo no es esclavo
que ha de besar la cuchilla
que en su cuello se ensangrienta.
¡Al monarca adoraria
que como amigo gobierne,
como padre le dirija!
¡Rey que sepa que en los hombros
de ese pueblo el solio estriba!
Pero pronto abandonad
este alcázar fugitiva.
MARG. ¿Yo? ¡Jamas!

PADILLA. Pronto; ¡os lo ruego!
¡Vuestra beldad me lastima!
MARG. No, ¡jamas! Aqui es mi asiento.
PADILLA. ¿Junto al trono?
MARG. ¡Ó mas arriba!
PADILLA. Basta. En el solio sobrais
mientras doña Juana viva;
y á su lado, es vergonzoso
el papel que se os designa.
De vos se cuenta, señora,
favoreceis las intrigas
de esos hidalgos de Flandes;
que hácia ellos la sangre os tira.
Se culpa al rey, que por vos
de sus deberes se olvida,
desdeña á su noble esposa
¡y su opinion sacrifica!
Si á él le falta decision,
¡al pueblo sobra energía
para poner el remedio
que la España necesita!
MARG. ¿Teneis que advertirme mas?
PADILLA. No.
MARG. A Dios.
(*Alejándose hácia la cámara del rey.*)
PADILLA. (*Ap.*) (¡Perdióse ella misma!)
Si ver pudiera á la reina...
(*Va á salir, y un oficial y guardias le detienen.*)
OFIC. Preso estais. (*Saliendo.*)
PADILLA. ¡Yo!
OFIC. Ved la firma
del rey.
PADILLA. ¡Ah! ¡Don Juan Manuel
me ha tendido red inicua!
(*Se lo llevan los guardias.*)
ESPOL. (*Que ha estado observando esta escena.*)
¡Le han preso! aqui de mis mañas;
contra una intriga otra intriga.
(*Vase precipitado.*)

ESCENA VI.

EL REY. MARGARITA. DON JUAN MANUEL.

REY. ¡He de decir al traidor...!
J. MANUEL. Señor, pues aqui no está;
sin duda le han preso ya.
REY. Justicia fue mi rigor.
MARG. (*Ap. á don Juan Manuel.*)
El rey sospecha de mí.
J. MANUEL. (*Id.*) No estoy yo mejor parado.
MARG. (*Id.*) Hoy todo me lo ha negado.
REY. (*Ap.*) ¡Qué tarde la conocí!
MARG. En fin, mi noble señor,
¿negareis á Filiberto
lo que pide? ¿Cualquier puerto
que le asegure el valor
de los muchos intereses
que prestó al erario?
REY. ¡Oh afrenta!
y para cobrarse, ¿en venta
querrá darlo á los ingleses?
MARG. No creo...
J. MANUEL. Mirad...
REY. (*Con entereza.*) Negado.
De él, nunca tomeis mas oro;
¡pues se cobra en mi decoro,
despues de empeñar mi Estado!
¡No, no, ni un palmo de tierra
por oro á estraña nacion!
quien quiera su posesion
que me la arranque en la guerra.
MARG. (*Ap. á don Juan Manuel.*)
No es oportuna ocasion;
pero es crítico el momento.
J. MANUEL. (*Id.*) Y á quien falta atrevimiento
no le ayuda la fortuna.
MARG. Mas, como antes os dijera,
es necesidad forzosa
declarar que vuestra esposa...
REY. ¡Que infamia tal cometiera!
¿El divorcio yo?

J. MANUEL. ¡Quizá
la guerra no estallaria!
REY. (*Levantándose.*)
Estalle por vida mia.
¡Y con honra me hallará!
Y si bien me conoceis
nada en esto me digais;
que en rogarlo me infamais,
y en dudarlo me ofendeis.
MARG. Gran señor...
J. MANUEL. Jamas mancilla
caber puede en vuestro nombre.
REY. ¡Dejad, dejad que me asombre!
¡Pobre reina de Castilla!
MARG. No hay medio. (*Ap. á don Juan Manuel.*)
J. MANUEL. (*Ap. á Margarita.*) En otra ocasion...
REY. (*Ap.* Intrigante es Margarita.)
¡Ay! reposo necesita
(*A Margarita.*)
mi angustiado corazon.
J. MANUEL. Ir podeis á descansar:
de Padilla la prision
contuvo la rebelion:
yo, por mi rey á velar.
(*Se retira don Juan Manuel.*)

ESCENA VII.

EL REY. MARGARITA.

MARG. Veo que os soy importuna,
segun os vais distraido.
REY. ¡Como me encuentro rendido!
MARG. (*Ap.* ¡Me olvidó, no hay duda alguna!)
Noto que estais muy cambiado.
Ya me mostrais mil enojos,
cuando antes, solo en mis ojos
mirábais enagenado.
Hasta ese don tan sencillo
que en prenda de afecto os dí,
¡jamas en la mano os vi!
REY. Mas yo conservo el anillo,

que fue don por mí apreciado.

MARG. Señor, vos sois muy galante;
mas quisiera en adelante
os mostreis apasionado.

REY. Lo exigís: teneis razon.
Yo de Flandes os saqué,
y nunca compensaré
lo que os robé en la opinion.
Me vísteis noble, imprudente,
alzaros hasta mi silla,
preferiros á Castilla;
por eso sois exigente.
Mas en vos hubo mudanzas
tambien, si mal no me engaño.

MARG. ¿Ahora os vino el desengaño?

REY. Antes vuestras esperanzas
eran solo mi pasion;
inspirarme un amor ciego;
mas despues...

MARG. Y bien, ¿y luego...

REY. ¡Se han trocado en ambicion!

MARG. ¿Eso creeis? Visto está.
Presumo que sobro aqui.

REY. Tal no he dicho.

MARG. Es cierto, si...
pero lo conozco ya.
No creais que necesita
mi afecto satisfaccion.

REY. ¡Ya sé que de su pasion
no morirá Margarita!

MARG. Como vos sois muy galante,
y nunca acaso direis
que os importuno, podreis
sin dar rubor al semblante
declararme vuestro gusto
de un modo que es muy sencillo:
si os veo puesto el anillo,
cesará nuestro disgusto.
Pero si no os le poneis,
gran señor, en adelante,
yo me partiré á Brabante
porque tranquilo quedeis.

REY. Discreta es la prevencion,
é ingenioso y noble el modo.
MARG. ¿Quereis?
REY. Me convengo á todo.
MARG. Teneis grande el corazon.
REY. ¿Creo que hablais con malicia?
MARG. Vamos, descansad, señor.
(¡Estoy furiosa!)
REY. A mi honor
no dudo que hareis justicia.
MARG. ¡A Dios! (¡Pronto ya sabremos
de cariño cómo estamos!
¡Temo que hoy nos separamos!)
REY. (¡Temo que hoy no nos queremos!)

ESCENA VIII.

ESPOLETA, *examinando la escena. Despues* LA REINA.

ESPOL. No hay nadie; venid, señora.
REINA. Que mis órdenes se cumplan.
ESPOL. Se cumplirán, ¡vive el cielo!
REINA. Aplacar sabré la furia
del rey, que en su pecho hidalgo
hallará mi accion escusa.

ESCENA IX.

LA REINA, *y* UN UGIER *que se presenta á la puerta de la cámara real.*

REINA. Pasad un recado al rey.
UGIER. ¿Ahora?
REINA. Su esposa le busca.
UGIER. Quizá descansando esté. (*Con respeto.*)
REINA. (Entonces fuera importuna
si le molestase.) Bien.
(*Se retira el ugier á una señal de la reina.*)

ESCENA X.

LA REINA.

¿Del Estado las angustias

por qué con mi amor no parte?
Sus atenciones son muchas,
y enfermo le postrarán
los cuidados que le abruman.
Vive, Filipo, aunque ingrato
desdeñes tanta ternura,
porque es la luz de tus ojos
la luz que mi vida alumbra.

ESCENA XI.

LA REINA *y* MARGARITA, *que sale manifestando inquietud y se dirige al aposento del rey.*

MARG. ¡La reina aqui!
REINA. ¿Quién es? ¡ah! ¡Margarita!
¡Adónde vais, señora!
MARG. Del rey al aposento.
REINA. Descansando se encuentra.
MARG. Sí, en mal hora.
REINA. ¿Que decís?
MARG. Que del sueño al despertarse
podrá sin cetro y sin diadema hallarse,
Yo quiero verle...
REINA. Ahora es vano empeño.
Dejad disfrute del tranquilo sueño.
MARG. (En tanto si exaltado
el pueblo se desbanda, mi existencia
está en peligro; mi cabeza piden.)
Le debo ver; no hagais mas resistencia.
REINA. Mi amor y mi deber hoy me lo impiden.
MARG. Mirad... Dejadme.
REINA. Respetad, repito,
el sueño que sus fuerzas restablece.
MARG. Hablarle necesito:
¡qué importa su descanso!
REINA. ¡Qué he escuchado!
(*Se oye abrir una puerta interior.*)
Quizá á tus voces despertó, ¡enemiga!
¡El cielo te maldiga!
¡Turbó el reposo de mi bien amado!

ESCENA XII.

LA REINA. MARGARITA. EL REY.

REY. ¡Todo lo escuché!
REINA. ¡Filipo!
REY. ¡Esposa mia!
REINA. Una gracia
vengo á pediros.
MARG. Señor,
yo vengo á pedir venganza.
Por la prision de Padilla
se ha puesto el pueblo en alarma;
la revolucion comienza.
Por única reina aclaman
á vuestra esposa.
REINA. ¡Imposible!
esa muger os engaña...
Esa muger ambiciosa,
que ha tenido ayer la audacia
de pretender arrancarme
de divorcio la demanda.
REY. ¡Es posible! ¡hasta ese estremo
su ambicion pudo arrastrarla!
MARG. Señor, no creais...
REINA. La reina
no sabe mentir, villana.
REY. Ni el rey consentir que nadie
replique.
MARG. Yo os ruego...
REY. Basta.
¡Os devuelvo vuestro anillo...!
MARG. ¡Gran Dios! ¡murió mi esperanza!
(*Se va confundida.*)

ESCENA XIII.

EL REY. LA REINA.

REINA. ¡Esposo! ¡Filipo mio!
deja que bese tus plantas...
REY. ¡Es cierto que tu razon

ahora brilla despejada...!

REINA. ¿Puedes dudarlo? los celos
alguna vez la turbaban,
porque con tierno delirio
el corazon te idolatra...

REY. ¡Perdon, perdon, noble esposa!
¡vuelve á ser reina del alma!
(Si su razon se estravía
respetaré su desgracia;
pero siempre la amaré,
que es digna de ser amada.)

REINA. Lo primero que te pido...

REY. ¿Tú suplicarme? No; manda.

REINA. Que perdones que abusando
de tu nombre libertara
á Padilla.

REY. ¡A ese rebelde!

REINA. Era una deuda sagrada
que satisfacer debia;
de su prision fuí la causa.

REY. Mas su vida era preciosa
en tan graves circunstancias...

ESCENA XIV.

PADILLA *y* DICHOS.

PADILLA. Yo la ofrezco á vuestros pies...

REY. ¡Cómo! ¡Padilla!...

REINA. ¡El aqui!

PADILLA. La libertad admití
por vuestro propio interes.
Al pueblo no he convencido
porque en promesas no fia,
y á vuestra alteza me envia
á proponer un partido.

(*Se oye ruido en la plaza. El rey se acerca al balcon.*)

REY. ¿Qué es ese rumor?

PADILLA. Que estalla
una gran revolucion.

REINA. (*Acercándose á su esposo.*)
Te escuda mi corazon.

PADILLA. (*Al ver á los reyes.*)
No se dará la batalla:
mis reyes se han vuelto á unir.

REY. ¡Plebe vil!

PADILLA. La haceis mancilla:
no es plebe, es toda Castilla,
que hoy se lanza á combatir
con noble esfuerzo, en verdad,
por su antigua independencia,
¡arriesgando su existencia
por salvar su libertad!

REY. ¡Pues bien, suba aqui, y afrente
la dignidad soberana!

PADILLA. La hidalguía castellana
tal crimen nunca consiente.

REINA. No, no, dueño de mi vida.
Si penetra esa faccion
herirá mi corazon,
no el tuyo.

REY. ¡Esposa querida!

PADILLA. Noble, oh Filipo, y leal
es el pueblo castellano:
la espada cabe en su mano,
pero jamas el puñal.
Que si en la guerra atrevido
lucha y muere con encono,
caballero junto al trono
¡le respeta comedido!

REINA. ¡Es verdad!

PADILLA. ¡Oh nobles reyes!
Por el pueblo habla Padilla;
por el pueblo de Castilla,
que pide sus justas leyes;
y al verlas hechas pedazos
por gente avara, estrangera,
se arroja con fé sincera
de su rey entre los brazos.

REY. ¡Su acero pudo esconder
al reclamar mi justicia!

PADILLA. Del favor y la codicia
hoy quiere hacerse temer.
No cabe en él demasía,

que tambien es soberano,
y ni un traidor, ni un villano
al sol de España se cria;
si algunos hacen traicion,
pues ruin pasion les engaña,
aunque nacen en España,
sus hijos bastardos son.

REY. ¿El pueblo, en fin, qué desea?

PADILLA. Que no esclavicen los grandes,
y que se vuelva á su Flandes
la gente que nos saquea.
Que no se ponga á subasta
la patria con sus empleos.

REINA. ¡Ah! justos son sus deseos.

PADILLA. Cumplidlos, que esto le basta.
¡La justicia y la equidad
serán el santo pendon
que tremole esta nacion,
avara de libertad!

REY. Amigo, sí; gran Padilla,
de tu pecho la nobleza
hoy despierta mi grandeza.
¡Haré dichosa á Castilla!

REINA. Remediaremos sus males.

PADILLA. El pueblo, el magnate, el rey,
mas pequeño que la ley,
y ante ella, ¡todos iguales!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS *y* ESPOLETA, *detras de* DOÑA MARGARITA *y* DON FILIBERTO.

MARG. Huyamos.

FILIB. La plebe ruin
cerca el palacio.

MARG. (*Al ver á los reyes.*) ¡Oh furor!

ESPOL. No te escaparás, traidor. (*A don Filiberto.*)
Llegó su castigo al fin.

PADILLA. Os juzgará un tribunal.
(*A Espoleta.*)
Vos escolta dispondreis

para la dama: ¿entendeis?

MARG. (*Ap.* No he visto nobleza igual.)

REINA. (*Estrechando la mano de Padilla.*)
¡De Padilla digna hazaña!

REY. Bien, bien.

PADILLA. Á los alemanes
contad, que somos galanes
con las damas en España.

(*A Margarita, que se va confundida. Un oficial se lleva á don Filiberto.*)

Salid pronto á este balcon,
y en vuestro nombre hablaré.

REY. Todo lo confirmaré:
tu lealtad conozco ya.

(*Salen al balcon, y Padilla habla al pueblo.*)

PADILLA. Dignos hijos de la España,
¡unidos veis vuestros reyes
para apoyar vuestras leyes!
¡Quien diga que no os engaña!
Ni abusos ni desafueros
tendreis de hoy mas que sufrir;
á Flandes van á partir
agiotistas y estrangeros.
Del Estado, y por la ley,
juzgarán sus tribunales
á cuantos son criminales,
que lo justo anhela el rey.

ESPOL. Saldremos de esa polilla.

PADILLA. Por mi voz habla su alteza;
y de ello con su cabeza
responde Pedro Padilla

PUEBLO. ¡Viva!

REY. Ahora os debo premiar.
Depongo á don Juan Manuel;
y á vos, diputado fiel,
quiero á su puesto encumbrar.

PADILLA. ¡Imposible!

REY. ¡Cómo!

REINA. ¡Amigo!

ESPOL. ¡Pues no se traga el anzuelo,
es pez leal, vive el cielo!

REY. ¿Renunciais?

PADILLA. Franco os lo digo,
seré vuestro consejero
de mi España en beneficio
sin nombramiento ni oficio,
pues que ni uno ni otro quiero.
Que yo no aspiro á otro honor
sino á que Castilla me ame,
sosten del trono me llame
¡y del pueblo defensor!
(*Cae el telon.*)

3 0112 115873918